

siguieron el campo de Abenabó, como su intento solo habia sido entretener al duque: pero él luego que entendió el caso de Andrés de Mesa, mas por sospechas que por aviso, envió caballería que le hiciese espaldas, y llegaron á tiempo que hicieron provecho en salvar la gente ya rota, y parte de la escolta. Hecho esto se siguió el camino de los aljibes entre Ferreira y rio de Cadiar por el de Jubiles, y aquella noche tarde hizo alojamiento en ellos. Tenia la guardia Joaibi con quinientos arcabuceros, que viendo alojar los nuestros tarde y con cansancio y por esto con alguna desorden, dió en el campo, y túvole en arma gran parte de la noche, llegando hácia el cuerpo de guardia, y matando alguna gente desmandada; pero fue resistido sin seguillo, por no dar ocasion á la gente que se desordenase de noche. Dicen que si los enemigos aquella noche cargaran, que se corria peligro; porque la confusion fue grande, y la palabra entre la gente comun, viles, que mostraba miedo: mas valió el ánimo y la resolucion de la gente particular, y la provision del duque enderezada á deshacer los enemigos sin aventurar un dia de jornada: en qué parecian conformarse Abenabó y él; porque cada uno pensaba deshacer al otro y rompelle con el tiempo y falta de vitualla, y salieron ambos con su pretension. Envio Abenabó á retirar al Joaibi, siguiendo el parecer de los turcos, y despues por bando público mandó, que sin órden suya no se escaramuzase, ni desasosegasen nuestro campo. Vino el duque á Jubiles por el camino de Ferreira, adonde halló el castillo desamparado, y comenzado á reparar, envió á D. Luis de Cordoba, y á D. Luis de Cardona, con cada mil infantes, y ciento y cincuenta caballos, que corriesen la tierra á una y otra parte, pero no hallaron sino algunas mujeres y niños: y llegó á Ujjar, sin dejar los moros de mostrarse á la retaguardia, y de allí sin estorbo á Valor, donde se alojaron.

Salió D. Juan de Baza la vuelta de Seron con intento de combatilla, y llegando con su campo á vista de Caniles, recibió

cartas del duque pidiéndole con grande instancia la brevedad de su venida, proponiéndole ser toda la importancia para que hubiese fin la guerra del Alpujarra, dando por último remedio que se juntasen los dos campos, y cogiesen en medio á Abenabó. Pareciéndole á D. Juan este buen medio, sin mas detenerse caminó la vuelta del campo del duque, y marchando el suyo llegaron á vista de Seron, donde algunos pocos soldados desmandados viendo los moros tan puestos en defensa, no lo pudiendo sufrir, se movieron á quererlos combatir (contra el presupuesto de D. Juan) diciendo en alta voz: nuestro príncipe piensa vanamente, si pretende pasar de aquí sin castigar esta desvergüenza, y diciendo: Cierra, cierra, Santiago y á ellos, los siguieron otros muchos incitados de su ejemplo, y tras ellos toda la demás gente sin que valiese ninguna resistencia; y sin mas autoridad ni orden embistieron el lugar con tan grande ímpetu, que aunque salieron los moros de Tijola, no fue parte para que dejasen de allanar el lugar del primer asalto, y le metiesen á sacomano: aunque no les salió á algunos tan barata esta jornada, la cual lo poco que duró fue bien reñida, y adonde entre otros fue herido Luis Quijada de un peligroso balazo que le quitó la vida con grande sentimiento de D. Juan conforme al mucho amor que le tenia. No tuvo aun casi lugar D. Juan de atender á este sentimiento, provocado de mil moros que se metieron en Seron, y le dieron ocasion de mas batalla; y no la rehusando, volvió sobre ellos con deseo de acabar esta ocasion por acudir á las cosas del Alpujarra, lo cual hizo despues de algunas dificultades livianas con un asalto que fue el remate de esta vitoria. Este dia se señaló D. Lope de Acuña, mostrandó bien el gran ser de que siempre estuvo acompañado en muchas ocasiones.

Abenabó, visto que el duque de Sesa estaba en el corazon de la Alpujarra, repartió su campo y la gente de vecinos que traía consigo; puso ochocientos hombres entre el duque y Orgiba, para estorbar las escoltas de Granada; envió mil

con Mojajár á la sierra de Gador, y á lo de Andarax, Adra, y tierra de Almería: seiscientos con Garral á la sierra de Bentomiz, de donde habia salido D. Antonio de Luna, dejando proveido el fuerte de Competa, para correr tierra de Velez; envió parte de su gente á la sierra Nevada y el Puntal, que corriesen lo de Granada: quedó él con cuatro mil arcabuceros y ballesteros, y de estos traía los dos mil sobre el campo del duque, que con la pérdida de la escolta estaba en necesidad de mantenimientos: pero entretúvose con fruta seca; pescado y aceite, y algún refresco que Pedro Verdugo le enviaba de Málaga, hasta que viendo por todas partes ocupados los pasos: mandó al marqués de la Favara, que con mil hombres y cien caballos, y gran número de bagajes atravesase el puerto de la Ravaha, y cargase de vitualla en la Calahorra: porque fuese dos veces nombrada con hambre y hierro en daño nuestro; adonde habia hecha provision, y tan poco camino que en un dia se podia ir y venir. Dicen que el marqués rehusó la gente que se le daba, por ser la que vino de Sevilla, pero no la jornada; y siendo asegurado que fuese cual convenia, partió antes de amanecer con las compañías de Sevilla, y sesenta caballos de retaguardia: y él con trescientos infantes y cuarenta caballos de vanguardia; los embarazos de bagajes, y bagajeros, enfermos, esclavos en medio; la escolta guarnecida de una y otra parte con arcabuceria. Mas porque parece que en la gente de Sevilla se pone mácula, siendo de las mas calificadas ciudades que hay en el mundo, hase de entender, que en ella como en todas las otras se juntan tres suertes de personas: unas naturales, y estos quasi así la nobleza como el pueblo son discretos, animosos, ricos, atienden á vivir con sus haciendas ó de sus manos; pocos salen á buscar su vida fuera, por estar en casa bien acomodados: hay tambien extranjeros, á quien el trato de las Indias, la grandeza de la ciudad, la ocasión de ganancia ha hecho naturales; bien ocupados en sus negocios, sin salir á otros; mas los hombres forasteros que de

otras partes se juntan al nombre de las armadas, al concurso de las riquezas, gente ociosa, corrillera, pendenciera, tahura, hacen de las mujeres públicas ganancia particular, movida por el humo de las viandas; estos como se mueven por el dinero que se da de mano á mano, por el sonido de las cajas, listas de las banderas; así fácilmente las desamparan, con el temor de ellas en cualquier necesidad apretada, y á veces por voluntad: tal era la gente que salió en guardia de aquella escolta. El marqués, sin noticia de los enemigos ni de la tierra, sin ocupar lugares ventajosos, y confiado que la retaguardia haria lo mismo; como quien llevaba en el ánimo la necesidad en que dejaba el campo, y no que la diligencia fuera de tiempo es por la mayor parte dañosa comenzó á caminar aprisa con la vanguardia: pero los últimos que aun sin impedimento suelen de suyo detenerse y hacer cola, porque el delantero no espera, y estorba á los que le siguen, y el postrero es estorbado, y espera; abrieron mucho espacio entre sí, y la escolta hizo lo mismo entre sí y la vanguardia. Mas Abenabó, incierto por donde caminaría tanto número de gente, mandó al alcaide Alarabi, á cuyo cargo estaba la tierra del Zenette, que siguiese con quinientos hombres (Zenette llaman aquella provincia, ó por ser áspera, ó por haber sido poblada de los Zenettes; uno de cinco linajes alárabes que conquistaron á África y pasaron en España; que es lo mas cierto). Partió el Alarabi su gente en tres partes, él con cien hombres quiso dar en la escolta: al Picensi de Guejar con doscientos ordenó que acometiese la retaguardia por la frente: y al Martel del Zenette con otros doscientos la rezaga de la vanguardia; entrando entre la escolta y ella, al tiempo que él diese en la escolta; y en caso que no le viesen cargar con toda la gente, que estuviesen quedos y emboscados, dejándola pasar. Los nuestros parándose á robar pocas vacas y mujeres, que por ventura los enemigos habian soltado para dividirlos y desordenarlos, fueron acometidos del Alarabi con solos cuatro arcabuceros por la escolta, cargados de

otros treinta que les hacian espaldas, y puestos en confusion: tras esto cargó el resto de la gente del Alarabi, que rompió del todo la escolta, sin hacer resistencia los que iban á la defensa. Dió el Piceni en la caballería, que era de retaguardia, la cual rompió, y ella la infantería; lo mismo hizo Martel con los últimos de la vanguardia del marqués al arroyo de Vayarzal, lo uno y lo otro tan callando, que no se sintió voz ni palabra. Iba el Piceni ejecutando la retaguardia de manera, que parecia á los nuestros que lo vian ir ejecutando al Martel. Siguieron este alcance sin volver la caballería, ni rehacerse la infantería hasta cerca de la Calahorra, todos á una, matando el Alarabi enfermos y bagajeros, y desviando bagajes; llegó el arma con el silencio y miedo de los nuestros al marqués tan tarde, que no pudo remediar el inconveniente, aunque con veinte caballos y algunos arcabuceros procuró llegar: murieron muchos enfermos que iban en la escolta, muchos de los moros y bagajeros; entre estos y soldados cuasi mil personas: quitaron setenta moriscas cautivas, y lleváronse mas de trescientas bestias sin las que mataron; cautivaron quince hombres, no perdieron uno, aconteció esta desgracia en 16 de abril. Llevó el marqués las sobras de la gente rota y lo demás de lo que pudo salvar á la Calahorra, y reformándose de gente en Guadix, salió adonde estaba D. Juan. Los enemigos, habiendo puesto la presa en cobro, quedaron seis dias en el paso y por la sierra.

Mas el duque entendiendo la desgracia, y el poco aparejo de proveerse por la parte de Guadix, fiando poco de la gente, quiso acercarse mas á la mar por haber vitualla de Málaga; y por ser el abril entrado, y dar el gasto á los panes, quitar á los enemigos el paso para Berbería, vino á Verja ya despues de haber talado la cogida en el Alpujarra: y hizo lo mismo en el campo de Dalías, donde tenian las esperanzas de cebada y grano. Al alojar en Verja hubo una pequeña escaramuza, en que murieron de los nuestros algunos; de los moros segun ellos cuarenta. Mas la hambre y

poca ganancia, y el trabajo de la guerra, y la costumbre de servir á su voluntad y no á la de quien los manda, pudo con los soldados tanto, que sin respeto de que hubiesen sido bien tratados de palabra, y ayudados de obra, con dinero, con vitualla, quitando lo uno y lo otro á la gente de su casa, y á veces á su persona, se desranchaban como habian hecho con el marqués de Velez: pero acostumbrado á ver y sufrir semejantes vueltas en los soldados, vino de Verja á Adra, donde tuvo mas vitualla, aunque no mas sosiego con la gente: pareciales desacato culparle, y volvianse contra D. Juan de Mendoza, y decian palabras sin causa; acriminábanle la muerte de un soldado de quien hizo justicia como juez, porque debía ser loado; amenazaban, protestaban de no quedar á su gobierno; excusábanse de D. Juan que ya andaba entre ellos recatado: no dejaban de poner bolatines (llaman ellos bolatines, las cédulas que de noche esparcen con las quejas contra sus cabezas cuando andan en celo para amotinarse, en que declaran su ánimo, y mueven los no determinados con quejas y causas de sus cabezas); saliéronse de Adra trescientos arcabuceros, ó fuese, segun ellos publicaban, haciendo escolta á un correo: y dando en los enemigos fueron los doscientos y treinta muertos por el alcaide Alarabi y el Mojajar, y cautivos setenta: no se supo mas de lo que los moros refieren; y que entendiendo de uno de los cautivos como nuestro campo habia desalojado de Ujijar con pérdida y desórden, y dejado municiones escondidas, sacaron de un aljibe cantidad de plomo, municiones y embarazos. En el mismo tiempo mataron los moros, que Abenabó enviaba la vuelta de Bentomiz, gente de sus casas que iban á Salobreña, y entre ellos mercaderes italianos y españoles, tomándoles el dinero: y los que envió hácia Granada cautivaron peleando con muchas heridas á D. Diego Osorio, que venia con despachos del rey para D. Juan y el duque, en que se trataba la resolucion de la guerra, y concierto que se habia platicado con los moros y turcos por mano del Habaqui; matáronle vein-

te arcabuceros de escolta, y él tuvo manera como sollarse; y aunque herido, vino sin las cartas á Adra.

Ya D. Juan trataba con calor la reduccion de los moros, y la ida de los turcos á Berbería: mas algunos de los ministros (ó que les pareciese hacer su parte, y prevenir las gracias á D. Juan, ó que mas facilmente se podia acabar, quanto por mas partes se tratase con ellos) metiéronse á platicar de concertos (dicen que algunos sobresanadamente) y dejaban de condenar la manera del trato que D. Juan traía, holgando que se publicasen por concedidas las condiciones que los enemigos pedian, aunque exorbitantes. Por otra parte en Granada quanto á la guerra se procedia con toda seguridad en el gobierno del presidente; pero quanto á la paz con licencia, en el tratamiento que se hacia á los moriscos reducidos, y que venian á reducirse, y poniendo algunos impedimentos, y mostrando celos de D. Alonso Menegas, enviaban moriscos á toda Castilla: sacaban los ministros muchos para galeras, denostaban á los que se iban á rendir, y por livianas causas los daban por cautivos, su ropa perdida; trataban del encierro como perjudicial, ayudábanse por vias indirectas del cabildo de la ciudad que estaba oprimido y sujeto á la voluntad de pocos, todo en ocasion de estorbo: no dando cuenta particular á D. Juan para que él la diese al rey, haciendo cabeza de sí mismos, escribiendo primero por su parte con palabras sobresanadas, tocaban á veces en su autoridad, ó fuese (segun el pueblo) para que las armas no les saliesen de las manos, ó ambiciones de su opinion, por excluir toda manera de medios, que no fuese sangre, ofendidos que pasase algo sin darles cuenta particular. Los efectos manifiestos daban licencia para que fuesen juzgados diversamente, y todos en daño del negocio; y aun añadian que estando el rey en Córdoba, no faltaba atrevimiento para escribir trocadamente, y hacer negociacion del estorbo, sospechando él alguna cosa: atrevimiento que suele acontecer á los que andan por las Indias, con los que desde España los gobiernan; por donde hay

mas que maravillar de la disimulacion que los reyes tienen cuando siguen sus pretensiones, que pasan por los estorbos sin dar á entender que son ofendidos.

Tenia el duque avisos así por espías como por cartas tomadas, que los turcos se armaban para socorrer á Abenabó, por la parte de Castil de Ferro, aunque pequeño, á propósito para desembarcar gente, y por el aparejo de la Rambla juntarse seguramente con los enemigos. Parecía que si esto se hacia, deshaciéndose por horas de su gente, podía ser ofendido, o á lo menos encerrado con poca reputacion nuestra, y mucha de ellos. Acordó combatir aquella plaza y los enemigos, si viniesen á socorrerla; y trujo por mar de Almería piezas de batir, púsose sobre ella, repartió los cuarteles, vinieron las galeras en ayuda y para impedir el socorro de Argel, encomendó la bateria al marqués de la Favara, que puso diligencia en asentaria. Llegóse y combatió por mar con las galeras, y por tierra con tanta priesa, que abrió portillo para batalla. Murieron dentro algunos con la artilleria, y entre los principales Leandro, á cuyo cargo estaba el castillo, sin otro daño nuestro mas del poco que sus piezas hicieron en una galera. Los soldados turcos y moros que estaban á la defensa, que eran cincuenta y dos, desconfiados del socorro de Berberia, sus armas en las manos y una mujer consigo, salieron por la bateria y nuestras centinelas, con la escuridad de la noche y confusion de la arma, guiándolos Mevaebal, su capitán, que dos dias antes habia entrado. Es fama (que de los nuestros procedió) que de ellos murieron doce, pero no se vieron en nuestro campo, y refieren los moros que todos llegaron al de Abenabó, algunos de ellos heridos. Desamparado Castil de Ferro envió por la mañana á D. Juan de Mendoza y al marqués de la Favara y otros, que se apoderasen de él. Hallaron dentro algunos viejos, y berberies, y turcos mercaderes, hasta veinte hombres, y diez y siete mujeres de moriscos que las tenían para embarcar, alguna ropa, veinte quintales de bizcocho, y la artilleria que antes

estaba en el castillo poca y ruin. Entendióse por uno de estos moros que estándole batiendo llegaron catorce galeras de turcos con socorro, y se tornaron oyendo el ruido de la artillería. Sonó la toma de Castil de Ferro, tanto por el aparejo y la importancia del sitio, por haber sido perdido y recuperado, por ser en ocasión que los enemigos venían á darle socorro, quanto por la calidad del hecho.

En el mismo tiempo envió D. Juan á D. Antonio de Luna con mil y quinientos infantes de la tierra, las compañías del duque de Sesa y Alcalá, y la caballería de los duques de Medina Sidonia y Arcos, para que asegurase la tierra de Velez Málaga contra los que en Frijiliana se habían recogido. Salió de Antequera con esta gente, mas con poco trabajo, escaramuzando á veces, unas con ventaja suya, otras de los moros, comenzó un fuerte en Competa; legua y media de Frijiliana, lugar que fue donde antiguamente se juntaban de la comarca en una feria, y por esto le llamaban los romanos *Compita*, agora piedras y cimientos viejos, como quedaron muchos en el reino de Granada; otro hizo en el Saliar; y con haber enviado mil hombres á correr el rio de Chillar, y tornado con poca presa y pérdida igual, dejando en los fuertes cada dos compañías, volvió la gente á Antequera, y él á su casa con licencia. Recogióse el duque con su campo en Adra esperando en que pararía la plática que se traía con el Habaqui, donde fue proveído de Málaga por Pedro Verdugo bastantemente, y con algun regalo. Pasaban seguras las escoltas de su campo al de Don Juan; pero los soldados, gente libre y disoluta, á quien por entonces la falta de pagas y vitualla habia dado mas licencia, y quitado á los ministros el aparejo de castigarlos, estaban con igual descontentamiento en la abundancia que en la hambre; huían como, y por donde, y siempre que podían; de tantas compañías quedaron solos mil y quinientos hombres, los mas de ellos particulares y caballeros que seguían al duque por amistad; con ellos mantenía y aseguraba mar y tierra. Tornó el rey á Córdoba por Jaén y por

Ubeda y Baeza, remitiendo la conclusion de las cortes para Madrid donde llegó.

No era negocio de menos importancia y peligro lo de la sierra de Ronda, porque estaba cubierto, y los ánimos de los moriscos con la misma indignacion que los de la Alpujarra y rio de Almería y Almanzora: montaña áspera y difícil, de pasos estrechos, rotos en muchas partes, ó atajados con piedras mal puestas, y árboles cortados y atravesados; aparejos de gente prevenida. El consejo mas seguro pareció al rey, antes que se acabasen de declarar, asegurarse, sacándolos fuera de la tierra con sus familias como á los demás. Para esto mandó á D. Juan que enviase á Don Antonio de Luna con la gente que le pareciese, y que por halagos y con palabras blandas, sin hacerles fuerza ni agravio, ó darles ocasion de tomar las armas, los pusiese en tierra de Castilla adentro, enviando con ellos guarda bastante. Recibida la orden de D. Juan partió D. Antonio de Antequera á 20 de mayo, llevando consigo dos mil y quinientos infantes de guarda de aquella ciudad, y cincuenta caballos. Era toda la gente que D. Antonio sacó de Ronda cuatro mil y quinientos infantes, y ciento y diez caballos. El dia que partió, envió á Pedro Bermudez, á quien el rey habia enviado á la guardia de aquella ciudad, para que con quinientos infantes en Jubrique, pueblo de importancia y lugar á propósito; estoviese haciendo espaldas á los que habian de sacar los moriscos: juntamente repartió las compañías por otros lugares de la tierra; dándoles orden que en una hora todos á un tiempo comenzasen á sacar los moros de sus casas. Partieron el sol levantado á las ocho horas de la mañana. Mas los moros, que estaban sospechosos y recatados; como descubrieron nuestra gente, subieron con sus armas á la montaña, desamparando casas, mujeres, hijos y ganados: comenzaron á robar los soldados (como es costumbre), cargarse de ropa, hacer esclavos toda manera de gente; hiriendo, matando sin diferencia á quien daba alguna manera de estorbo. Vista por los moros la desorden,

bajaban por la sierra, mataban los soldados, que codiciosos y embebidos con el robo desampararon la defensa de sí mismos y de sus banderas: iba esta desorden creciendo con la escuridad de la noche: mas Pedro Bermúdez, hombre usado en la guerra, dejando alguna gente en la iglesia de Jubrique á la guarda de las mujeres, niños y viejos, que allí tenia recogidos, escogió fuera del lugar sitio fuerte donde se recogiese: entraron los moros en el lugar, y combatiendo la iglesia sacaron los que en ella estaban encerrados, quemándola con los soldados sin que pudiesen ser socorridos: luego acometieron á Pedro Bermúdez, que perdió cuarenta hombres en el combate, y hubo algunos heridos de una y otra parte, y con tanto se acogieron los enemigos á la sierra.

Vista por D. Antonio la desorden, y lo poco se habia hecho, retiró las banderas con hasta mil y doscientas personas; pero con muchos esclavos y esclavas, ropa y ganado en poder de los soldados, sin ser parte para estorbarlo: recogióse á Ronda, donde, y en la comarca la gente públicamente vendia la presa, como si fuera ganancia de enemigos. Desfizose todo aquel pequeño campo, como suelen los hombres que han hecho ganancia, y temen por ello castigo; pues enviando la gente que sacó de Antequera á sus aposentos, y cuasi las mil y doscientas personas á Castilla sin hacer mas efecto, partió para Sevilla á dar al rey cuenta del suceso. Cargaban á D. Antonio los de Ronda y los moros juntamente: los de Ronda, que habiendo de amener sobre los lugares, habia sacado la gente á las ocho del dia, y que la habia dividido en muchas partes; que habia dado confusa la orden dejando libertad á los capitanes: los moros, que les habian quebrantado la seguridad y palabra del rey que tenían como por religion ó vínculo inviolable; que estando resueltos de obedecer á los mandamientos de su señor natural, les habian por este acatamiento y sacrificio que hacian de sus casas, mujeres y hijos, y de sí mismos, robado y dejado por hacienda y libertad, las ar-

mas que tenían en las manos , y la aspereza y esterilidad de la montaña , donde por salvar las vidas se habían acogido , aparejados á dejarlo todo , si les restituían las mujeres y hijos , y viejos cautivos , y ropa que con mediana diligencia pudiese cobrarse. Habia tantos interesados , que por solo esto fueron tenidos por enemigos ; no embargante que se hallase haberse movido provocados y en defension de sus vidas. Excusábase D. Antonio con haber repartido la gente como convenia por tierra áspera y no conocida ; poderse caminar mal de noche ; que partida la gente , á ciegas , deshilada , facilmente pudiera ser salteada y oprimida de enemigos avisados , pláticos en los pasos , y cubiertos con la escuridad de la noche ; la gente libre , mal mandada , peor disciplinada , que no conoce capitanes ni oficiales , que aun el sonido de la caja no entendian ; sin órden , sin señal de guerra , solamente atentos al regalo de sus casas , y al robo de las ajenas : fueron admitidas las razones de D. Antonio por ser caballero de verdad y de crédito , y dada toda la culpa á la desórden de la gente , confirmada ya con muchos sucesos en daño suyo.

Ido D. Antonio , salió la gente de la comarca ; cristianos viejos , á robar por los lugares , mujeres , niños , ganados ; sobras de la de D. Antonio que fue como he dicho creido , por tenerse buen crédito de su persona , y por no tenerse bueno por entonces de los soldados en comun. Mas los enemigos persuadidos de los que habían huido de la Alpujarra , y libres de todos los embarazos , despojados de lo que se suele querer bien y dar cuidado , comenzaron á hacer la guerra descubiertamente , recoger las mujeres , hijos y vitualla que les había quedado ; fortificarse en sierra Bermeja y sierra de Istan ; tomar la mar á las espaldas para recibir socorro de Berberia , y bajar hasta las puertas de Ronda ; desasegar la tierra , robar ganados , cautivar , matar labradores , no como salteadores , sino como enemigos declarados. Estaba como tengo dicho á la sazón el rey D. Felipe en Sevilla , suplicado por la ciudad , que viniese á recibir en ella servicio.

Sevilla es en nuestro tiempo de las célebres, ricas y populosas ciudades del mundo: concurren á ella mercaderes de todo poniente, especialmente del nuevo mundo que llamamos Indias, con oro, plata, piedras, esmeraldas, poco menores que las que maravillaba la antigüedad en tiempo de los reyes de Egipto: pero en gran abundancia, cueros y azúcar, y la yerba que sucede en lugar de púrpura, ó (por usar del vocablo arábigo y comun) carmesí; cochini-lla la llaman los indios, donde ella se cria. Fue Sevilla la segunda escala que pobladores de España hicieron, cuando con el gran rey y capitan Baco (á quien llamaban Libero por otro nombre) vinieron á conquistar el mundo. La oca-sion nos convida tratando de tan gran ciudad á declarar nuestra opinion, como en cosa tan dudosa por su antigüe-dad, acerca de la fundacion de ella, y del nombre de toda España. Dese la autoridad á los escritores, y el crédito á las conjeturas. Marco Varron, autor gravísimo, y diligente en buscar los principios de los pueblos, dice (segun Plinio refiere) que en España vinieron los persas, iberos y feni-ces, todas naciones de oriente, con Baco. Por este se en-tiende tambien haber sido hecha la empresa de la India, segun los escritos de Nono, poeta griego, que compuso de los hechos de Baco, y llamó Dionysiaca, porque se llama-ba, demás del nombre de Baco, y Libero, Dionysio. Di-ce tambien Salustio en sus historias haber él mismo pasa-do en Berberia, y dado principio á muchas naciones: con este Baco vinieron capitanes hombres señalados, y muje-res que celebraban su nombre, uno de los cuales se llamó Luso; y una de las mujeres Lyssa, que dice el mismo Mar-co Varron haber dado el nombre á la parte de Portugal, que antiguamente llamaban Lusitania. Tuvo Baco un lugar-teniente que dijeron Pan, hombre áspero y rústico, á quien la antigüedad honró por Dios de los pastores, ó qui-zá eran conformes en el nombre; pero por intervenir en las procesiones ó fiestas de Baco el Pan, se puede creer ser el mismo: este Pan, dice Varron que dió nombre á toda

España , y lo mismo Appiano Alejandrino en sus historias , en el libro que llaman Español , y en griego Iberice. *Panios* quiere decir cosa de Pan ; y el *hi* , que tiene delante , dice el artículo , que juntado con el *panios* , dirá la tierra ó provincia de Pan (1) : quedó á los españoles el vocablo griego , ni más ni menos que los griegos lo pronuncian , ambiciosos de dar nombre en su lengua á las naciones hispanicas ; y pronunciamoslo nosotros España : de aquí vino á decirse que Hispan , ó el Pan que los griegos llaman lugarteniente , fue sobrino de Hércules , y que dió el nombre á España. Lo cierto es que Baco dejó por aquella comarca lugares del nombre de los que le seguian ; y que dos veces vino el que llamaron Hércules , ó fuesen dos Hércules en aquella parte de España. El nombre pudo venir á Sevilla de haber sido poblada , cuando la segunda vez Hércules , ó fuese Baco , ó fuese Hércules tebano vino en España ; y si así fue , presupuesto que en la lengua griega *palin* quiere decir otra vez , y *hi* , la , el nombre de Hispalis querrá decir la de otra vez , porque los griegos son fáciles en acabar en la letra s. Demás del concurso de mercaderes y extranjeros , moran en Sevilla tantos señores y caballeros principales , como suele haber en un gran reino ; entre ellos hay dos casas ambas venidas del reino de Leon , ambas de grande autoridad y grande nobleza , y en que unos , ó otros tiempos no faltaron grandes capitanes : una la casa de Guzman duques de Medina Sidonia , que en tiempo antiguo fue poblacion de los de Tiro , poco despues de poblada Cádiz , destruida por los griegos y gente de la tierra , restaurada por los moros segun el nombre lo muestra ; porque en su lengua *medina* quiere decir lo que en la nuestra puebla ; como si dijésemos la puebla de Sidonia : este linaje moró gran tiempo en las montañas de Leon , y vinieron con el rey D. Alonso el VI á la conquista de Toledo , y de allí con el rey D. Fernando el III á la de Sevilla , dejando un lugar de su nombre ,

(1) Sus dudas les quedan á los peritos en el griego , mas no es este el lugar de disputarlas.

de donde tomaron el nombre con otros treinta y ocho lugares de que entonces eran ya señores. El fundador de la casa fue el que, guardando á Tarifa, echó el cuchillo con que degollaron á su hijo que tenia por hostaje, por no rendir él la tierra á los moros. La otra casa es de los Ponces de Leon, descendientes del conde Hernan Ponce que murió en el portillo de Leon, cuando Almanzor, rey de Córdoba, la tomó; dicen traer su origen de los romanos que poblaron á Leon, y su nombre de la misma ciudad; duques en otro tiempo de Cádiz hasta el que escaló á Alhama, y dió principio á la guerra de Granada, y despues que sus nietos fueron en tutorías despojados del estado por los reyes D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel, se llamaron duques de Arcos, que los antiguos españoles decian Arcobrica, poblacion de las primeras de España, antes que viniesen los de Tiro á poblar Cádiz. Los señores de aquestas dos casas siempre fueron émulos de aquella ciudad, y aun cabezas á quien se arriaban otras muchas de la Andalucía: de la de Medina era señor D. Alonso de Guzman, mozo de grandes esperanzas; de la de Arcos D. Luis Ponce de Leon, hombre que en la empresa de Durlan habia seguido sin sueldo las banderas del rey D. Felipe, inclinado y atento á la arte de la guerra: á estos dos grandes encomendó el rey el sosiego y pacificacion de la sierra de Ronda, por tener á ella vecinos sus estados. Grandes llaman en España los señores á quien el rey manda cubrir la cabeza, sentar en actos y lugares públicos, y la reina se levanta del estrado á recibir á ellos y á sus mujeres, y les manda dar por honra cojin en que se sienten, ceremonias que van y vienen con los tiempos y voluntades de los principes; pero firmes en España en solas doce casas (4), entre las cuales estas dos son y fueron de grande autoridad. Despues que creció el favor y la riqueza,

(4) Ojalá nombrara los doce grandes de España firmes como nombró solos estos dos, porque han crecido ya tanto los que dice haberse acrecentado con el favor y la riqueza, que apenas los distinguimos de aquellos originarios.

por merced de los reyes han acrecentádose muchas. Dió poder el rey á estos dos príncipes, para que en su nombre concertasen y recogiesen los moriscos, y les volviesen las mujeres, hijos y muebles, y los enviasen por España la tierra adentro; pues no habian sido partícipes en la rebelion; y lo sucedido habia sido mas por culpa de ministros que por lo suya. Tenia el duque de Arcos una parte de su estado en la serranía de Ronda, que hubo su casa por desigual recompensa de Cádiz, en tiempo de tutorías; parecióle por aprovechar llegarse á Casares, lugar suyo, y dende mas cerca tratar con los moros: envió una lengua que fue y volvió no sin peligro; lo que trajo es, que á ellos les pesaba de lo acontecido; que por personas suyas vendrian á tratar con el duque, donde y como él mandase, y se reducirian y harian lo que se les ordenase con ciertas condiciones. Esto afirmaron en nombre de todos el Alarabique y el Ataifar, hombres de gran autoridad y por quien ellos se gobernaban; bajó el Alarabique y el Ataifar á una hermita fuera de Casares, y con ellos una persona en nombre de cada pueblo de los levantados. Mas el duque, por escandalizarlos menos y mostrar confianza, vino con pocos: osadía de que suelen suceder inconvenientes á las personas de tanta calidad. Hablóles, persuadióles con eficacia, y ellos respondieron lo mismo, dando firmados sus capítulos; y con decir que daria aviso al rey, se partió de ellos; mas antes que la respuesta del rey volviese, le vino mandamiento, que juntando la gente de las ciudades de la Andalucía vecinas á Ronda, estuviese á punto para hacer la guerra, en caso que los moros no se quisiesen reducir: mandó aperibir la gente de Andalucía y de los señores de ella, de á pie y de á caballo, con vitualla para quince dias, que era lo que parecia que bastase para dar fin á esta guerra: en el entretanto que la gente se juntaba, le vino voluntad de ver y reconocer el fuerte de Calalui en sierra Bermeja (1), que los moros llaman Gebalhamar, adonde en tiem-

(1) Calaluz le llama Zurita, p. 5, lib. iv, cap. xxxii.

pos pasados se perdieron D. Alonso de Aguilar y el conde de Ureña; D. Alonso señalado capitán, y ambos grandes príncipes entre los andaluces: el de Ureña abuelo suyo de parte de su madre; y D. Alonso bisabuelo de su mujer. Salió de Casares descubriendo y asegurando los pasos de la montaña; provision necesaria por la poca seguridad en acontecimientos de guerra, y poca certeza de la fortuna. Comenzaron á subir la sierra, donde se decia que los cuerpos habian quedado sin sepultura: triste y aborrecible vista y memoria: habia entre los que miraban nietos y descendientes de los muertos, ó personas que por oidas conocian ya los lugares desdichados. Lo primero dieron en la parte donde paró la vanguardia con su capitán por la escuridad de la noche, lugar harto extendido y sin mas fortificacion que la natural, entre el pie de la montaña y el alojamiento de los moros; blanqueaban calaveras de hombres y huesos de caballos amontonados, desparcidos, según, como, y donde habian parado; pedazos de armas, frenos, despojos de jaeces: vieron mas adelante el fuerte de los enemigos, cuyas señales parecian pocas, y bajas, y aportilladas: iban señalando los pláticos de la tierra donde habian caido oficiales, capitanes, y gente particular: referian como y donde se salvaron los que quedaron vivos, y entre ellos el conde de Ureña y D. Pedro de Aguilar, hijo mayor de D. Alonso: en que lugar y donde se retrajo D. Alonso y se defendia entre dos peñas; la herida que el Ferí, cabeza de los moros le dió primero en la cabeza y despues en el pecho, con que cayó; las palabras que le dijo andando á brazos: *yo soy D. Alonso*; las que el Ferí le respondió cuando le heria: *tú eres D. Alonso, mas yo soy el Ferí de Benastepar*, y que no fueron tan desdichadas las heridas que dió D. Alonso, como las que recibió. Lloráronle amigos y enemigos, y en aquel punto renovaron los soldados el sentimiento; gente desagradecida, sino en las lágrimas. Mandó el general hacer memoria por los muertos, y rogaron los soldados que estaban presentes que reposasen en paz, inciertos si rogaban

por deudos ó por extraños; y esto les acrecentó la ira y el deseo de hallar gente contra quien tomar venganza.

Vista la importancia del lugar, si los enemigos le ocupasen, envió dende á poco el duque una bandera de infanteria, que entrase en el fuerte y lo guardase. Vino en este tiempo resolución del rey que concedia á los moros cuasi todo lo que le pedian que tocaba al provecho de ellos, y comenzaron algunos á reducirse; pero con pocas armas, diciendo, que los que en su campo quedaban no se las dejaban traer. Habia entre los moros uno llamado el Melqui, hombre atrevido y escandaloso, imputado de herejia, y suelto de las cárceles de la inquisicion ido y vuelto á Tituan: este, ó que le parecia que perdía el crédito de hasta entonces, ó que fuese obligado al principe de Tituan, juntó el pueblo, que ya estaba resuelto á reducirse, disuadiéndole, y afirmando lo que con ellos trataba el Alarabique ser engaño y falsedad, haber recibido del duque nueve mil ducados, vendido por precio su tierra, su costa, y los hijos, mujeres y personas de su ley: venidas las galeras á Gibraltar, la gente levantada, las cuerdas en las manos á punto, con que los principales habian de ser ahorcados: y el pueblo atado y puesto perpetuamente al remo, para sufrir hambre, frio y azotes, y seguir forzados la voluntad de sus enemigos, sin esperanza de otra libertad sino la muerte. Tuvieron estas palabras y la persona tanta fuerza, que se persuadió el pueblo ignorante, y tomando las armas hicieron pedazos al Alarabique, y á otro compañero suyo berberí, que era de la misma opinion: con esto mudaron de propósito, y quedaron mas rebeldes que estaban: algunos que quisieran reducirse, estorbados por el Melqui con guardas, y espantados con amenazas, dejaron de hacello: los de Benahabiz, lugar de importancia en aquella montaña, enviaron por el perdon del rey con propósito de reducirse; llevólo un moro llamado el Barcoquí, juntamente con carta del duque para Marbella, y los que guardaban el fuerte de Montemayor, que tuviesen cuenta con él y sus com-

pañeros , acompañándolos hasta dejarlos en lugar seguro : mas la gente ó por codicia de algo ( si lo llevaban ) ó por estorbar la reduccion , con que cesaria la guerra , hicieronlo tan al contrario , que mataron al Barcoquí : esta desórden mudó á los de Benahabiz , y confirmó la razon del Melquí de manera , que no fue parte el castigo que el duque hizo de ahorcar y echar en galeras los culpados , para estorbar el motin general. Apercibida la gente , vino el duque á Ronda , donde hizo su masa , y salió con cuatro mil infantes y ciento cincuenta caballos , á ponerse algo mas camino que dos leguas de la sierra de Istan , donde los enemigos le esperaban fortificados ; lugar asperísimo y dificultoso de subir , las espaldas á la mar ; dejando en Ronda á Lope Zapata , hijo de D. Luis Ponce , para que en su nombre recogiese y encaminase los moros que viniesen á reducirse : vinieron pocos ó ningunos escandalizados del caso del Barcoquí , y espantados , porque en Ronda y Marbella el pueblo habia rompido la salvaguardia del duque y fe del rey , matando quasi cien moros al salir de los lugares. No le pareció al duque detenerse á hacer el castigo ; pero envió por juez al rey , que castigó los culpados como convenia ; y él caminó á la Fuenfria , donde se encendió fuego en el campo , que puso en cuidado , ó fuese echado por los enemigos , ó por descuido de alguno : el autor y el fuego cesó por industria y diligencia del duque.

El dia siguiente con mil infantes y alguna caballeria reconoció el fuerte de los enemigos desde la sierra de Arboto puesta en frente de él , juntamente con el alojamiento y el lugar de la agua : y aunque se mostraron los enemigos algo mas abajo fuera de su fuerte , no fueron acometidos ; así por ser cerca de la noche , como por esperar á Arévalo de Suazo con la gente de Málaga. Entretanto puso su guardia en la sierra de Arboto con harta contradiccion de los enemigos ; porque juntamente acometieron el alojamiento del duque , y trabaron una escaramuza tan larga que duró tres horas , no muy apriesa , pero bien extendida : eran ochocientos

hombres arcabuceros y ballesteros, y algunos con armas enastadas: mas visto que con dos banderas de arcabuceros les tomarian la cumbre, se retiraron á su fuerte con poco daño de los nuestros, y alguno de los suyos. Reforzóse la guardia de aquel sitio, por ser de importancia, con otras dos banderas; y era ya llegado Arévalo de Suazo con dos mil infantes de Málaga y cien caballos, con que se tomó resolución de combatir los enemigos en su fuerte al otro día: á la parte del norte que la subida era mas difícil, envió el duque á Pedro Bermudez con ciento y cincuenta infantes, que tomase las dos cumbres, que suben al fuerte con dos banderas de arcabuceros, haciéndoles espaldas con el rostro á la mano derecha Pedro de Mendoza con otra tanta gente y la mesma orden, dejando entre sí y Pedro Bermudez una parte de la montaña que los moros habian quemado, porque las piedras que desde arriba se tirasen corriesen por mas descubierto, y con menos estorbo: Arévalo de Suazo con la gente de su cargo se seguia á la mano derecha, y con dos banderas de arcabuceria delante: mas á la mano derecha de Arévalo de Suazo, Luis Ponce de Leon con seiscientos arcabuceros por un pinar, camino menos embarazado que los otros. El duque escogió para sí con el artilleria y caballeria y mil y quinientos infantes, el lugar entre Pedro de Mendoza y Arévalo de Suazo, como mas desembarazado, así mas descubierto: mandó á Pedro de Mendoza con mil infantes y algun número de gastadores, que fuese adelante aderezando los pasos para la caballeria, y que todos al pasar se cubriesen con la falda de la montaña y quebrada hácia el arroyo, que á un tiempo comenzasen á subir igualmente y á pequeño paso, guardando el aliento para su tiempo; quedaba con esta orden la montaña cercada, sino por la parte de Istan, que no podia con la aspereza recibir gente. Víanse unos á otros, y todos se podian cuasi dar las manos: quedó resuelto combatir los enemigos otro día á la mañana. Mas los moros viendo que Pedro de Mendoza estaba mas desviado, y en parte donde no podia

con tanta diligencia ser socorrido , acometiéronle al caer de la tarde con poca gente y desmandada, trabando una escaramuza de tiros perdidos. Pedro de Mendoza , confiado de si mismo , soldado de mucho tiempo y no tanta experiencia , pudiendo guardar la órden y contentarse con estar quedo y sin peligro , saltó á la escaramuza con demasiado calor. Deshízose la gente por la montaña arriba sin órden , sin guardar unos á otros : y los moros unas veces retirándose , otras reparándose , parecian ir cerrando á los nuestros : visto el peligro y no pudiéndolo ya estorbar Pedro de Mendoza (ó fuese recelo ó desconfianza de su poca autoridad con la gente , aunque la habia tenido para meterla delante) , envió á avisar al duque , pero á tiempo que püesto que hubiese enviado á retirarla tres capitanes , fue necesitado á tomar lo alto para reconocer el lugar : el duque con los que con él se hallaban y los que pudo retirar , atravesó donde estaban los que subian , y valió tanto su autoridad , que la gente desmandada se detuvo , y los moros que ya habian comenzado á desemboscarse y se mostraban á los enemigos , vista la determinacion del duque se recogieron á su fuerte , en ocasion de que estaba cerca la noche , y la gente de Pedro de Mendoza cansada y desordenada , y se temian de algun desastre , especialmente los que traían á la memoria el acontecimiento de D. Alonso de Aguilar por los mismos términos.

Hallóse el duque tan adelante , que vistas las celadas descubiertas , y los moros puestos en órden de cargar á la gente que subia , y que era imposible retirarlos todos , quiso aprovecharse de la desórden ; y con la gente que traía consigo y la que habia recogido , todo á un tiempo acometió á los enemigos , y pegóse con el fuerte de manera , que fue de los primeros al entrar. Mas los moros , que no osaron esperar el ímpetu de los nuestros , se descolgaron por lugares de la montaña , que era luenga y continuada ; y de allí se repartieron , unos á Rioverde , otros á la vuelta de Istan , otros á la de Monda , y otros á la de sierra Blanquilla ; de-

jando de sus mujeres y hijos como cuatrocientas personas : embarazo de guerra , y gente inútil que les comian los bastimentos , quedando mas ahorrados para hacer la guerra por aquellas montañas : todavía envió á seguir el alcance con poco fruto , por ser la noche y tierra tan cerrada ; él pasó en el fuerte de los enemigos sin ropa ni vitualla ; y visto que todos se habian esparcido , y que la montaña quedaba desamparada , dejó el fuerte ; y dando licencia á la gente de Málaga con orden de correr la tierra á una y otra parte , pasó con la resta de su campo á Istan , y envió cuatro compañías sin banderas : el efecto que hicieron las tres , fue quemar dos barcas grandes que tenian fabricadas para pasar á Tituán : la cuarta con su capitan Morillo , á quien el duque mandó que corriese Rioverde , no guardando la orden , dió en los enemigos no lejos de Monda , en un cerro que los de la tierra llaman Alborno , á vista de Istan ; y seguido , y rota la gente se retiró : era el lugar tan cerca del campo , que se oyeron los golpes de arcabuces , y con sospecha de lo que podia ser , se ordenó al capitan Pedro de Mendoza socorriese y recogiese la gente. Mas llegando á vista de los enemigos contentóse con solo recoger algunos que huían , y estuvo sin pasar adelante , ó fuese temiendo alguna emboscada ( aunque el lugar era gran trecho descubierta ) , ó arrepentido de la demasiada diligencia del dia antes en la sierra de Istan : murió la mayor parte de la compañía y su capitan peleando. El mismo dia , los moros que andaban repartidos encontraron con el alcaide de Ronda , y capitan Ascanio , que con ciento y cincuenta soldados y otra gente habia salido sin orden y sabiduría del duque , como hombres que no estaban á su cargo ; matáronlos con la mayor parte de la compañía : el mismo acometimiento hicieron contra un correo , que partió del campo para Granada con escolta de cien soldados , aunque con pérdida de algunos se recogió en Monda. Entendiendo pues el duque que por la sierra andaba cantidad de moros , envió orden á Arévalo de Suazo que con la gente de Málaga tornase á

Monda; y á D. Sancho de Leiva, general de las galeras de España, que enviase ochocientos infantes de la gente que andaba á su cargo; y á Pedro Bermudez que viniese con la de Ronda, y él con la que habia quedado se vino á esperarlos á Monda: de donde junta la gente partió ahorrado sin estorbos la vuelta de Hojen, y allí le encontró D. Alonso de Leiva, hijo de D. Sancho, con ochocientos soldados de Galera. Entendiase que los moros esperaban á una legua, y con este presupuesto ordenó el duque á Pedro Bermudez, que con mil arcabuceros de los de su cargo tomase la mano izquierda, y á D. Alonso con la gente que habia tenido fuese derecho á Hojen por un monte que dicen el Negral; él con lo demás del campo siguió derecho el Corvachin, tierra de grande aspereza: con esta órden se llegó á un tiempo al lugar donde los enemigos habian estado, y de allí bajando hasta llegar á vista de la Fuengirola, sin hallar otra cosa sino rastro de gente, y sobras de comida (porque los moros recelándose que serian descubiertos se habian esparcido como es su costumbre, y extendido por todas las montañas) dió el duque licencia á D. Alonso que tornase á embarcarse; y á Arévalo de Suazo á Málaga, corriendo primero la tierra: él volvió á Monda y de allí á Marbella. Este lugar es el que los antiguos llaman Barbesola: mas el que agora llamamos Monda, pienso que fue poblado de los habitantes de Monda la vieja, tres leguas mas acá, donde parecen señas y muestras mas claras de haber sido la antigua Monda, siguiendo los moros que conquistaron á España su antigua costumbre, de pasar los moradores de unos lugares á otros con el nombre del lugar que dejaban: en Ronda y otras partes se ven estatuas y letreros traídos de Monda la vieja; y en torno de ella, la campaña, atolladeros, y pantanos en el arroyo de que Hirtio hace memoria en sus historias.

Habia ya cumplido la gente de las ciudades y señores el tiempo que eran obligados á servir por el llamamiento, y las aguas hartado la tierra para sembrar: faltaba el provecho de la guerra, por la diligencia que los moros ponian

en las guardas por todo, en alzar y éscónder la ropa, mujeres y niños, en esparcirse pocos á pocos en las montañas, y gran parte de ellos pasar á Berbería, donde con cualquier aparejo tenían la traviesa corta y mas segura, no podian ser seguidos con ejército formado; y el que habia se iba poco á poco deshaciendo: pareció consejo de necesidad enviar la gente á sus casas, y el duque volver á Ronda, guarnecer los lugares de donde con mayor facilidad los enemigos pudiesen ser perseguidos y echados de la tierra, y andar tras de ellos en cuadrillas, sin dejarlos reformar en alguna parte; mas detuvo la gente de su estado ya diestros y ejercitados, que servian á su costa, sin sueldo, ni raciones, dejó gente en Hojen, Istan, Monda, Tollox, Guaro, Cartagina, Jubrique; y en Ronda, cabeza de toda la sierra. Habia ya el rey avisado al duque como se determinaba á un tiempo sacar los moros de Granada á poblar Castilla, y que estuviese apercibido para cuando le llegase la orden de D. Juan de Austria. Cuando esto pasaba, llegaron las cartas de D. Juan en que decia como la salida de los moros de todo el reino seria el postrero dia de octubre; encomendábale el secreto hasta el dia que el bando se publicase, apercibiale para la ejecucion en tierra de Ronda; enviábale la patente en blanco para que el duque hinchiese la persona que le pareciese mas á propósito.

Echando el bando, mandó recoger en el castillo de Ronda los moros de paces con su ropa, hijos, y mujeres, y en la patente hinchó el nombre de Flores de Benavides, corregidor de Gibraltar, ordenándole con seiscientos hombres de guarda llevar cuasi mil y doscientas personas que serian los reducidos, hasta dejallos en Illora; para que juntos fuesen á Castilla con otros de la Vega de Granada. Era ya entrado el mes de noviembre, con el frio y las aguas en mayor cantidad; los enemigos creyendo que por ir los rios mayores, y las avenidas en las montañas dificultar mas los pasos, ellos podian extenderse por la tierra, y nuestra gente ocupada en labrar la suya, se juntaban con dificultad:

en todas partes y á todas horas desasosegaban la tierra de Ronda y Marbella, cautivando labradores, llevando ganados, y salteando caminos hasta cuasi las puertas de Ronda: acogíanse en las vertientes de Rioverde, á quien los antiguos llamaban Barbesola, del nombre de la ciudad que agora llamamos Marbella, y de allí en las cumbres y contorno de sierra Blanquilla. El duque por el menudear de los avisos, y por excusar los daños, que aunque no fuesen señalados eran continuos, por castigar los enemigos que habían en Rioverde y en la sierra del Albornó muerto nuestra gente: porque de la Alpujarra por una parte, y por otra con la vecindad de Berberia no se criase en aquella montaña; determinó rematar la empresa, combatir los enemigos, y desarraigallos ó acaballos del todo; salió de Ronda con mil y quinientos arcabuceros de la guardia de ella, y gente de señores, y mil de sus vasallos, y con la caballería que pudo juntar improvisamente: mas antes que llegase, entendió por avisos de espías, y algunos que se pasaron de los enemigos, que el número poco mas ó menos era de tres mil; los dos mil de ellos arcabuceros gobernados por el Melquí, hombre entre ellos diligente, animoso, y ofendido, ido y venido á Tituan; que tenían atajados los pasos con grandes piedras, árboles atravesados; que estaban resolutos de morir defendiendo la sierra: ordenó á Pedro de Mendoza que con seiscientos arcabuceros caminase derecho á la boca del Rioverde, por el pie de la sierra; y á Lope Zapata, con otros seiscientos á Gaimon, á la parte de las viñas de Monda: iban estos dos capitanes el uno del otro media legua, y entre ambas iba el duque con el resto de la infantería y caballería; ordenó á Pedro Bermudez, y á Carlos de Villegas que estaba á la guarda de Istan y Hojen, con dos compañías y cincuenta caballos, que se saliesen á un mismo tiempo y con doscientos arcabuceros tomasen lo alto de la sierra, y las espaldas de los enemigos; que Arevalo de Suazo partiése de Málaga, y con mil y doscientos soldados y cincuenta caballos acudiese á la parte de Monda.

Todos á un tiempo partieron á la noche para hallarse á la mañana con los enemigos ; mas ellos avisados por un golpe de arcabuz que habian oido entre la gente de Setenil , mudáronse del lugar , mejorándose á la parte de Pedro de Mendoza que era el postrero , por tener la salida mas abierta : comenzó á subir el duque , y Pedro de Mendoza que estaba mas cerca á pelear con igualdad , y ellos á mejorarse. El duque , aunque algo apartado , oyendo los golpes de arcabuz , y visto que se peleaba por aquella parte de Pedro de Mendoza se mejoró ; y por la ladera descubriendo la escaramuza , con la caballeria y con lo que pudo de arcabuceria , acometió los enemigos ; llevando cerca de sí á su hijo , mozo cuasi de trece años , D. Luis Ponce de Leon ; cosa usada en otra edad en aquella casa de los Ponces de Leon , criarse los muchachos peleando con los moros , y tener á sus padres por maestros : porfiaron algun tanto los enemigos ; mas no pudiendo resistir , tomaron lo alto de la sierra , y de allí se repartieron á unas y otras partes. Murieron mas de cien hombres y entre ellos el Melquí su capitan ; y si Pedro Bermudez y Villegas salieran á la hora que se les ordenó , hiciérase mayor efecto. Habido este buen suceso , repartió el duque la gente que pudo por cuadrillas para seguir el alcance ; cautivaron á las mujeres , y niños , y ropa que les habia quedado ; mataron en este seguimiento otros ochenta. Quedaron los moros tan escarmentados , que ni por engaño ni por fuerza los pudieron hallar juntos en parte de la montaña , y buscaron tambien la sierra que llaman de Daidin , y el mismo duque repartió el campo en cuadrillas , pero tampoco se hallaron personas juntas : con esto , él se tornó á Ronda ; y aquella guerra quedó acabada , la tierra libre de los enemigos , parte muertos , y parte esparcidos , ó idos á Berberia.

He querido tratar tan particularmente de esta guerra de Ronda ; lo uno porque fue varia en su manera , y hecha con gran sufrimiento del capitan general , y con gente concejil , sin la que los señores enviaron , y la mayor parte del

mismo duque de Arcos: y aunque en ella no hubo grandes rencuentros, ni pueblos tomados por fuerza, no se trató con menos cuidado y determinacion, que las de otras partes de este reino; ni hubo menos desórdenes que corregir cuando el duque la tomó á su cargo: guerra comenzada, y suspendida por falta de gente, de dineros, de vitualla, tornada á restaurar sin lo uno y sin lo otro; pero sola ella acabada del todo, y fuera de pretensiones, emulaciones, ó envidias. Lo otro por haberse en tiempos antiguos recogido en aquellas partes las fuerzas del mundo, y competido César, y los hijos de Pompeyo, cabezas de él, sobre cual quedaria con el señorío de todo, hasta que la fortuna determinó por César, dos leguas de donde está agora Ronda, y tres de la que llamamos Monda, en la gran batalla cerca de Monda la vieja, donde hoy día, como tengo dicho, se ven impresas señales de despojos, de armas y caballos; y ven los moradores encontrarse por el aire escuadrones; óyense voces como de personas que acometen: estantiguas llama el vulgo español á semejantes apariencias, ó fantasmas, que el vaho de la tierra cuando el sol sale ó se pone forma en el aire bajo, como se ven en el alto las nubes formadas en varias figuras y semejanzas.

Estaba D. Juan en Granada con el duque (\*) y el comendador mayor, acudiendo á lo que se ofrecia, y por dar remate á cosas, y fin de los enemigos que quedaban, ordenó que el comendador mayor con la gente que se pudo juntar, parte de la propia ciudad, y parte de los que se habian venido de su campo, y del campo del duque, que por todos serian siete mil personas, llevasen delante, y ante todas las cosas bastimento y municion que bastase para dos meses, y que esto se guardase en Orgiba; y con esta prevencion partió el campo la vuelta de la Alpujarra. Llegados á Lanjaron, por mandado del general se dió un rebato

(\*) Este duque es necesariamente el de Sesá, porque el de Arcos no se vió con D. Juan.

falso, porque la gente no estuviese descuidada; otro dia llegaron á Orgiba, y en ella reposó el campo tres dias, tomando la órden que se habia de tener para hallar los enemigos, porque andaban esparcidos por la tierra. El cuarto dia salió la gente hechas dos mangas de á mil hombres cada una, con órden que la una, de la otra fuese desviada cuatro leguas, guiando la una á la mano derecha y la otra á la siniestra, y el resto del campo por medio: de esta suerte corrieron la tierra hasta llegar á Pitres de Ferreira, y dejando allí presidio de quinientos hombres, pasaron adelante hasta Portugos, y allí dejaron cien hombres, y en Cadiar trescientos con el capitan Berrío. Aquí tuvo nuevas el comendador mayor que los moros se habian retirado al Cehel, costa de la mar, por ser tierra áspera y de muchos jarales: mandó á D. Miguel de Moncada que con mil y doscientos hombres corriese aquella tierra; halló parte de ellos, y matandó siete moros, cautivó doscientas personas entre moras y muchachos, y ropa y despojos: perdió solo un soldado que engañado de una mora le hizo entender que en una choza tenia mucha riqueza, y al entrar en ella le dió con una almarada por debajo del brazo, y lo mató. Volvió D. Miguel con la cabalgada á Cadiar donde quedó el campo; de aquí envió el comendador mayor mil hombres á Ujijar de la Alpujarra, para que en ella hiciesen presidio, y dejando en él trescientos soldados fuesen á Donduron, y dejasen allí una compañía de cien hombres con su capitan, y en Ayator otros ciento, y en Berja otros ciento, con órden que todos corriesen la tierra cada dia, dejando guarda en los presidios. Mandó á D. Lope de Figueroa, que con mil y quinientos infantes y algunos caballos corriese el rio de Almeria y toda aquella sierra, con el Bolodui y tierra de Gueneja, y que juntando consigo la gente que salia de Almeria: corriese la tierra de Jerez á Fiñana, y rio de Almanzora: volvió á Granada, dejando presidio en las Guajaras altas y bajas, y en Velez de Benaudalla, y en todos los presidios bastimento y municion para algunos dias.

Luego que llegó á Granada, proveyó D. Juan otros capitanes de cuadrillas, que fueron Juan Carrillo Paniagua, Camacho, Reinaldos, y otros; y hecho esto, D. Juan con el duque y el comendador mayor se partió á Madrid; y de allí á la armada de la liga, dejando á D. Pedro de Deza, presidente de Granada, con título de capitán general, y en Almería por general de la infantería á D. Francisco de Córdoba, descendiente de aquella cama de Leones del conde D. Martín. Corrian la tierra á menudo las cuadrillas, metian en Granada moros y moras, y no habia semana que no hubiese cabalgada. Al entrar en la puerta de las Manos, hacian salva subiendo por el Zacatin arriba, hasta llegar á la chancillería; daban noticia al presidente para que viese lo que traían, y entregaban los moros en la cárcel, y de cada uno les daban veinte ducados, como está dicho: atenazaban y ahorcaban los capitanes y moros señalados, y los demás llevaban á galeras, que sirviesen al remo esclavos del rey.

Entre estos trujeron un moro natural de Granada llamado Farax: este como supiese la voluntad de Gonzalo el Jeniz, alcaide sobre los alcaides, y de sus sobrinos Alonso y Andrés el Jeniz, y otros muchos, que era de entregarse y reducirse, si se les concediese perdón, llamó á Francisco Barredo, dándole parte de la voluntad y propósito que muchos moros tenian, y aun de matar á su rey si no se quisiese reducir con ellos; para lo cual convenia que procurase verse con Gonzalo el Jeniz, que era uno de los que mas lo deeseaban: sabido esto, Francisco Barredo se fue á las Alpujarras, y en llegando al presidio de Cadiar (1), sacó de una bóveda del castillo un moro que tenian preso, y le dió una carta para Gonzalo el Jeniz, en que le hacia saber la causa de su venida; que viese la orden que habia de tener para verse con él: recibida la carta respondió, que otro día al amanecer, se

(1) Zatabarile llama Mármol.

viniese á un cerro media legua de Cadiar, y que adonde viese una cruz en lo alto le aguardase soltando la escopeta tres veces por contraseña: fue, y hecha la seña llegó el Jeniz, sus sobrinos, y otros moros, mostrando mucha alegría de velle: lo que trataron fue, que si le traía perdon del rey para él, y los que se quisiesen reducir, que les entregaria á Abenabó su rey muerto ó vivo: con esto se despidió, prometiéndoles de hacello y ponello por obra, y avisallos de la voluntad del rey: vino á Granada Francisco Barredo, dió cuenta al presidente de lo que habia pasado con Gonzalo el Jeniz, y lo que le habia prometido: dió el presidente aviso al rey: que visto lo que prometia el Jeniz le concedió perdon á él, y á todos los que con él viniesen: vino la cédula real al presidente, que visto que no habia quien con veras lo pudiese hacer, hizo llamar á Barredo, y entregándole la cédula le pidió con las veras y recato que en tal negocio convenia lo hiciese.

Recibida la cédula, se partió, y llegó á Cadiar con el moro que antes habia llevado la carta: avisóle como tenia lo que pedia, que se viese con él en el sitio y lugar que antes se habian visto: llegado el Jeniz, y vista la cédula y perdon la besó, y puso sobre su cabeza: lo mismo hicieron los que con él venian: y despidiéndose de él, fueron á poner en ejecución lo concertado. Francisco Barredo se volvió al castillo de Verchul, porque allí le dijo el Jeniz que le aguardase; Gonzalo el Jeniz y los demás acordaron para hacello á su salvo, que seria bien que uno de ellos fuese á Abdalá Abenabó, y de su parte le dijese que la noche siguiente se viese con él en las cuevas de Verchul, porque tenia que platicar con él cosas que convenian á todos. Sabido por Abenabó, vino aquella noche á las cuevas solo con un moro de quien se fiaba mas que de ninguno; y antes que llegase á las cuevas despidió veinte tiradores que de ordinario le acompañaban, todo á fin de que no supiesen adonde tenia la noche; saludóle Gonzalo el Jeniz diciéndole: *Abdalá Abenabó, lo que te quiero decir es, que mires estás cuevas, que*

están llenas de gente desventurada, así de enfermos, como de viudas y huérfanos; y ser las cosas llegadas á tales términos, que si todos no se daban á merced del rey, serian muertos y destruidos; y haciéndolo, quedarían libres de tan gran miseria. Cuando Abenabó oyó las palabras del Jeniz, dió un grito que pareció se le habia arrancado el alma, y echando fuego por los ojos le dijo: ¡Cómo, Jeniz! ¿para esto me llamabas? ¿Tal traicion me tenias guardada en tu pecho? No me hables más, ni te vea yo; y diciendo esto, se fue para la boca de la cueva: mas un moro que se decia Cubayas, le asió los brazos por detrás, y uno de los sobrinos del Jeniz le dió con el mocho de la escopeta en la cabeza, y le aturdió; y el Jeniz le dió con una losa y le acabó de matar: tomaron el cuerpo, y envuelto en unos zarzos de cañas le echaron la cueva abajo, y esa noche le llevaron sobre un macho á Verchul, adonde hallaron á Francisco Barredo y á su hermano Andrés Barredo: allí le abrieron y sacaron las tripas, hinchiendo el cuerpo de paja. Hecho esto, Francisco Barredo requirió á los soldados del presidio y á su capitán, que le diese ayuda y favor para llevarle á Granada: visto el requerimiento le acompañaron; y en el camino encontraron con doscientos y cincuenta moros de paz, que sabida la muerte de Abenabó; y el nuevo perdon que el rey daba, llegaron á reducirse. Vinieron á Armilla, lugar de la Vega, y allí le pusieron caballero en un macho de albarda, y una tabla en las espaldas, que sustentaba el cuerpo, que todos le viesen; los moros de paz iban delante, y los soldados y Francisco Barredo detrás. Llegados á Granada, al entrar de la plaza de Bibarrambra, hicieron salva; lo propio en llegando á la chancilleria; allí á vista del presidente le cortaron la cabeza, y el cuerpo entregaron á los muchachos, que despues de habello arrastrado por la ciudad, lo quemaron: la cabeza pusieron encima de la puerta de la ciudad, la que dicen puerta del Rastro, colgada de una escarpia á la parte de dentro, y encima una jaula de palo, y un título en ella que decia:

ESTA ES LA CABEZA DEL  
TRAIÐOR DE ABENABÓ.  
NADIE LA QUITA  
SO PEÑA DE MUERTE.

Tal fin hizo este moro , á quien ellos tuvieron por rey despues de Aben Humeya : los moros que quedaban , unos se dieron de paz , y otros se pasaron á Berbería ; y á los demás las cuadrillas , y la frialdad de la sierra , y mal pasar los acabó ; y feneció la guerra y levantamiento.

Quedó la tierra despoblada y destruida : vino gente de toda España á poblarla , y dábanles las haciendas de los moriscos con un pequeño tributo que pagan cada un año : á Francisco Barredo le hizo el rey merced de seis mil ducados , y que estos se los diesen en bienes raices de los moriscos , y una casa en la calle de la Águilá , que era de un mujejar echado del reino : despues pasó en Berbería algunas veces á rescatar cautivos , y en un convite le mataron.

FIN DE LA GUERRA DE GRANADA.

# DISCURSO

## DEL CONDE DE PORTALEGRE,

con que suplió lo que faltaba en las primeras ediciones al fin del libro tercero de esta historia.

---

Hemos llegado á un peligroso paso, donde D. Diego deja la historia rota por desgracia, si no fue de industria, para ganar honra con la comparacion del que la pretendiese continuar. Porque sea quien fuere, lo añadido seria de estofa mucho menos fina; y aunque se hallarán (cuando esto se escribe) testigos vivos y de vista, por cuya relacion se pudiera proseguir cumplidamente lo que falta, será lo mas seguro hacer sumario de esta quiebra, y no suplemento; imitando antes á Floro con Livio, que á Hirtio con César; pues no le bastó ser tan docto, tan curioso, testigo de sus empresas, y camarada (como dicen los soldados), para que no se vea muy clara la ventaja que hace el estilo de los Comentarios al suyo. En el trozo que se corta se contiene la segunda salida del señor D. Juan en campaña, el sitio peligroso y porfiado de la villa de Galera, la expugnacion de aquella plaza, la muerte de Luis Quijada desgraciada y lastimosa, el suceso de Seron y de Tijola; cosas todas de gran consecuencia y consideracion, si D. Diego las escribiera, haciendo á su modo anatomía de los afectos de los ministros, y de las obras de los soldados. Mas pues no se puede restaurar lo que se perdió (si algun dia no se descubre) contentémonos con saber que:

De Baza fue el señor D. Juan á Guescar; de donde salió el marqués de los Velez á encontrarle, y tornó acompañándole con muestras de mucha cortesía y satisfaccion, hasta ponerle á la puerta de la posada donde habia de alojar.

De allí tomó licencia sin apearse, admirándose los presentes; y con un trompeta delante y cinco ó seis gentiles hombres, se retiró (sin detenerse) á su casa, de donde no salió después; porque, según se decia, no se quiso acomodar á servir con cargo que no fuese supremo.

De Guescar fue D. Juan á reconocer á Galera con Luis Quijada y el comendador mayor: reconocida, hizo venir el ejército, sitióla por todas partes, y alojóse en el puesto de donde el marqués se habia levantado. El sitio de aquella villa la hace muy fuerte; porque está en una eminencia sin padrastrós, y estrechándose va bajando hasta el rio, acabando en punta con la figura de una proa de galera, de que toma el nombre, dejando en lo alto la popa. Están las casas arrimadas á la montaña, y esta es su fortaleza, y la razon porque puede excusar la muralla; porque siendo casa-muro, la bala que pasalas casas sale y métese en la montaña, y así viene á ser lo mismo batir aquella tierra, que batir un monte. No se habia esto experimentado con la bateria del marqués, porque no tenia sino cuatro lombardas antiguas del tiempo del rey D. Fernando (como se dijo atrás) que con balas de piedra blanda, no hacian efecto ninguno. Por lo cual hizo D. Juan venir algunas piezas gruesas de bronce de Cartagena, Sabiote y Cazorra. Atrincheóse con gran cantidad de sacas de lana; porque faltaba tierra, y sobraba lana de los lavaderos, que tenian en Guescar los ginoveses que la compran para llevar á Italia; no poniendo las sacas por costado sino de punta, por hacer mas ancha la trinchea: sucedió con todo alguna vez penetrar una bala de escopeta turquesa la saca, y matar al soldado que estaba detrás, con seguridad á su parecer. Batióse Galera con poco efecto, porque teniendo la muralla delgada, no hacian las balas ruina, sino agujeros, pasando de claro, los cuales servian despues á los enemigos de troneras. Diósele el asalto por dos partes, y fueron rebotados los nuestros con notable daño en la superior, por no se haber hecho buena bateria; y en la mas baja, por la eminencia de los terrados, de

donde los ofendian los moros con gran ventaja , como tambien lo hicieron en algunas salidas , que costaron mucha sangre nuestra y suya ; y en una degollaron cuasi entera la compañía de catalanes que traía D. Juan Buil. Con estos sucesos pareció que no se podia ganar la plaza por batería , y començóse á minar secretamente ; pero no se les pudo esconder á los enemigos la mina ; la cual reconocieron , y la publicaban á voces de la muralla ; visto esto , se ordenó que se hiciese juntamente , por consejo (segun dicen) del capitán Juan Despuche , con intento de hacer demostracion que se arremetia , moviéndose los escuadrones hasta ciertas señales que estaban puestas , para que volando la primera , se engañasen los moros , creyendo que era pasado el peligro , y saliesen á la defensa. Sucedió ni mas ni menos , y dióse fuego á la segunda ; la cual hizo tanta obra , que los voló hasta la plaza de armas , sin dejar hombre vivo de cuantos estaban á la frente : subieron los nuestros con trabajo , pero sin peligro , y plantaron las banderas en lo mas alto , que fue la ocasion de desconfiarlos del todo , y de rendirse sin resistencia : degolláronlos , sin excepcion de sexo ni edad , por espacio de dos horas. Cansóse el señor D. Juan y mandó envainar la furia de los soldados , y que cesase la sangre. Murieron sobre esta fuerza veinte y cuatro capitanes , cosa no vista hasta entonces ; despues dicen los de Flandes , que compraron al mismo precio las villas de Harlen y Mastrich , con que se confirma la opinion de los antiguos , que llaman á nuestra nacion pródiga de la vida , y anticipadora de la muerte.

De Galera caminó el campo á Caniles la vuelta de Serona. Pasó Luis Quijada con la vanguardia á reconocerle , y hallándole desamparado , porque la gente se subió á la montaña , se desmandaron algunos de los nuestros , y entraron sin órden á saquear la tierra ; los moros los vieron , y bajaron de lo alto , dieron sobre ellos , y pusieronles en huida , tomándolos de sobresalto ocupados en el saco. Llegó Luis Quijada á recogerlos , y amparándolos , y metiéndolos en

escuadron , fue herido desde arriba de un arcabuzazo en el hombro , de que murió en pocos días. Era hijo de Gutierre Quijada , señor de Villa García , famoso justador al modo castellano antiguo ; sirvió al emperador de paje , subiendo por todos los grados de la casa de Borgoña hasta ser su mayordomo , y coronel de la infantería española , que ganó á Teruana , plaza muy nombrada en Picardía ; y soló este caballero escogió , cuando dejó sus reinos , para que le sirviese y acompañase en el monasterio de Yuste , haciendo el oficio de mayordomo mayor de pequeña casa y de gran príncipe. Dejóle encargado secretamente á D. Juan de Austria su hijo natural ; crióle sin decirle que lo era , hasta el tiempo en que quiso el rey su hermano que le descubriese , siendo entoces Luis Quijada caballero mayor del príncipe D. Carlos , y despues del consejó de estado , y presidente de las Indias. La desgracia subió de punto por no dejar hijos. Sintió y lloró su muerte el señor D. Juan , como de persona que le habia criado , y á quien tanto debia. Detúvose en aquel alojamiento algunos dias con muchas necesidades ; los moros se recogieron en Tijola y Purchena , y representáronse en este tiempo á nuestro campo tres ó cuatro veces con cuatro mil peones y cuarenta ó cincuenta caballos , extendiendo las mangas hasta tiro de escopeta de los nuestros. Ordenóse , que so pena de la vida ninguno trabase escaramuza con ellos , y así tornaron siempre sin hacer , ni recibir daño ; y el campo se movió para ir sobre Tijola , y ellos se retiraron á Purchena , dejando á Tijola bien guardada de gente , y municionada. Sitióse á la redonda ; mas la tierra es tan áspera , que hubo gran dificultad en subir la artillería donde pudiese hacer efecto : en fin se subió con grande industria , y se les quitaron las defensas con ella ; habíase de batir mas de propósito el dia siguiente , pero los moros no lo esperaron , y saliéronse á las diez de aquella noche por diversas partes , habiendo hurtado el nombre al ejército (cosa muy rara) , y dándole todos á las primeras postas á un mismo tiempo , rompieron por los cuerpos de

guardia, y salieron á la campaña. Perdiéronse tantos en esta salida, que los menos se salvaron. Por la mañana se siguió el alcance á los desmandados hasta Purchena, que se rindió sin resistencia, porque la gente estaba ya fuera, y no habia sino mujeres, pocos hombres, y alguna ropa. Algunos de los nuestros quedaron dentro, los más pasaron siguiendo á los enemigos hasta el rio de Macael. D. Juan pasó de Tijola á Purchena, y guarneciola; de allí fue dejando presidios en Cantoria, Tavernas, Frejiliana y Almería, y llegó á Andarax: donde se juntaron el duque de Sesa y el comendador mayor. Venia el duque de hacer su jornada, que concurrió con la misma de Galera que se ha referido en este sumario; tornando á atar el hilo de la historia de D. Diego en el libro siguiente.



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

# LA VIDA

DEL

## LAZARILLO DE TORMES,

SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

POR

*D. Diego Hurtado de Mendoza.*

## PRÓLOGO.

---

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oidas ni vistas vengan á noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido; pues podria ser que alguno que las lea, halle algo que le agrade, y á los que no ahondaren tanto, los deleite. Y á este propósito dice Plinio: que no hay libro por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello; y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y por esto ninguna cosa se debería romper ni echar á mal (si muy detestable no fuese), sino que á todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio, y pudiendo sacar de ella algun fruto. Porque si así no fuese, muy pocos escribirian para uno solo, pues no se hace sin trabajo; y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que lean y vean sus obras, y si hay de que, se las alaben. Y á este propósito dice Tulio: *la honra cria las artes*. ¿Quién piensa que el soldado que es primero en la escala, tiene mas aborrecido el vivir? no por cierto; mas el deseo de la alabanza le hace ponerse al peligro; y así en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado, y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten á su merced,

si le pesa cuando le dicen : ¡ ó qué maravillosamente lo ha hecho V. R.<sup>a</sup> ! Justó muy ruinmente el Sr. D. Fulano, y dió el sayete de armas al truhan , porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas : ¿ qué hiciera si fuera verdad ? Y todo va de esta manera : que confesando yo no ser mas santo que mis vecinos , de esta nonada que en este grosero estilo escribo , no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren , y vean que vive un hombre con tantas fortunas , peligros y adversidades. Suplico á vuestra merced reciba el pobre servicio de mano de quien le hiciera mas rico , si su poder y deseo se conformaran. Y pues vuestra merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso , parecióme no tomarle del medio , sino del principio , porque se tenga entera noticia de mi persona ; y tambien porque consideren los que heredaron nobles estados , cuan poco se les debe , pues fortuna fue con ellos parcial ; y quanto mas hicieron los que , siéndoles contraria , con fuerza y maña remando salieron á buen puerto.

---

# LA VIDA

DEL

## LAZARILLO DE TORMES,

SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES.

---

Cuenta Lázaro su vida y quien era su padre.

Pues sepa vuestra merced ante todas cosas , que á mi llaman Lázaro de Tormes , hijo de Tomé Gonzalez y de Antonia Perez , naturales de Tejares , aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del rio Tormes , por la cual causa tomé el sobrenombre , y fué de esta manera. Mi padre (que Dios perdone) tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel rio , en la cual fue molinero mas de quince años : y estando mi madre una noche en la aceña preñada de mi , tomóla el parto y parióme allí , de manera que con verdad me puedo decir nacido en el rio. Pues siendo yo niño de ocho años , achacaron á mi padre ciertas sangrias mal hechas en los costales de los que allí á moler venian , por lo cual fue preso , confesó y no negó , y padeció persecucion de justicia. Espero en Dios que está en gloria , pues el evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra los mōros , entre los cuales fue mi padre , que á la sazōn estaba desterrado por el desastre ya dicho , con cargo de acemilero de un caballero que allá fue , y con su señor , como leal criado , feneció su vida. Mi viuda madre , como sin marido y sin abrigo se viesse , determinó arrimarse á los buenos por ser uno de ellos , y vino se á vivir á la ciudad , y alquiló una casilla , y metiase á guisar de comer á ciertos estudiantes , y limpiaba la

ropa á ciertos mozos de caballos del comendador de la Magdalena, de manera que frecuentando las caballerizas, ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban, vinieron en conocimiento. Este algunas veces se venia á nuestra casa, y se iba á la mañana. Otras veces de dia llegaba á la puerta en achaque de comprar huevos, y entrábase en la casa. Yo al principio de su entrada pesábame de ella; y hacíame miedo, viendo el color y mal gesto que tenia; mas de que vi que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien; porque siempre traía pan, pedazos de carne, y en el invierno leña con que nos calentábamos; de manera que continuando la posada y conversacion, mi madre vino á darme un negrito, el cual yo brincaba y ayudaba á calentar. Y acuérdome que estando el negro de mi padrastro trabajando con el mozuelo, como el niño veía á mi madre y á mi blancos, y á él no, huía de él con miedo para mi madre, y señalando con el dedo decia: madre, coco; respondiéndole él riendo, hídeputa. Yo, aunque muy muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dije entre mi; cuantos debe haber en el mundo que huyen de otros, porque no se ven á sí mismos. Quiso nuestra fortuna que la conversacion del Zayde (que así se llamaba) llegó á oídos del mayordomo; y hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban, hurtaba; y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las mantas y sábanas de los caballos hacia perdidas: y cuando otra cosa no tenia, las bestias desherraba; y con todo esto acudia á mi madre para criar á mi hermanico. No nos maravillamos de un clérigo ni de un fraile, porque el uno hurta de los pobres y el otro de su casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando á un pobre esclavo el amor le animaba á esto. Y probósele cuanto digo y aun mas; porque á mi con amenazas me preguntaban, y como niño respondia y descubria cuanto sabía con miedo, hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre á un herrero vendí. Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron,

y á mi madre pusieron pena por justicia sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho comendador no entrase, ni al lastimado Zayde en la suya acogiese. Por no echar la sogá tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia; y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fue á servir á los que al presente vivían en el meson de la Solana, y allí padeciendo mil importunidades acabó de criar á mi hermanico hasta que supo andar: y á mi hasta ser buen mozuelo, que iba á los huéspedes por vino, candelas y por lo demás que me mandaban.

En este tiempo vino á posar al meson un ciego, el cual pareciéndole que yo seria para adestrarle, me pidió á mi madre, y ella me encomendó á él, diciéndole como era hijo de un buen hombre, el cual por ensalzar la fe, habia muerto en la batalla de los Gelves; y que ella confiaba en Dios que no saldria peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mi, pues era huérfano. Él respondió que así lo haria y que me recibia, no por mozo, sino por hijo; y así le comencé á servir y adestrar á mi nuevo y viejo amo. Como estuvimos en Salamanca algunos dias, pareciéndole á mi amo que no era la ganancia á su contento, determinó irse de allí. Y cuando nos hubimos de partir, yo fui á ver á mi madre, y ambos llorando, me dió su bendicion y dijo: hijo, ya sé que no te veré mas; procura ser bueno, y Dios te guie. Criado te he, y con buen amo te he puesto, válete por ti. Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y llegando á la puente, está á la entrada de ella un animal de piedra que casi tiene forma de toro; y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto dijo: Lázaro, llega el oido de este toro, y oirás gran ruido dentro de él. Yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenia la cabeza á par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que mas de tres dias me duró el dolor de la cornada; y díjome: necio, aprende que el mozo del

ciego un punto ha de saber mas que el diablo, y rió mucho de la burla.

Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba, y dije entre mi: verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar como me sepa valer. Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos dias me mostró jerigonza. Y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decia: yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir, muchos te mostraré. Y fue asi, que despues de Dios este me dió la vida, y siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar á vuestra merced estas niñerías, para mostrar, cuanta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos; y dejarse bajar, siendo altos, cuanto vicio.

Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, vuestra merced sepa que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó mas astuto ni sagaz. En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabia de coro, un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacia resonar la iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende de esto tenia otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decia saber oraciones para muchos y diversos efectos; para mujeres que no parian; para las que estaban de parto; para las que eran mal casadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos á las preñadas, si traían hijo ó hija; pues en caso de medicina decia que Galeno no supla la mitad que él; para muelas, desmayos, males de comadre. Finalmente nadie le decia padecer alguna pasion, que luego no le decia: haced esto, hareis estotro; coced tal yerba, tomad tal raiz. Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que, cuanto les decia, creían. De estas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba mas en un mes que cien ciegos en un año.

Mas tambien quiero que sepa vuestra merced , que con todo lo que adquiria y tenia , jamás tan avariento mi mezquino hombre no vi ; tanto que me mataba á mi de hambre , y así no me remediaba de lo necesario. Digo verdad : si con mi sutileza y buenas mañas no me supiera remediar , muchas veces me finara de hambre. Mas con todo su saber y aviso le contraminaba de tal suerte , que siempre ó las mas veces me cabia lo mas y mejor. Para esto le hacia burlas endiabladas , de las cuales contaré algunas ; aunque no todas á mi favor. Él traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo , que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y llave ; y el meter de las cosas y sacarlas , era con tanta vigilancia y tan por contadero , que no bastara todo el mundo á hacerle menos una migaja. Mas yo tomaba aquella laceria que el me daba , la cual en menos de dos bocados era despachada : y despues que cerraba el candado y se descuidaba , pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas ; por un poco de costura que muchas veces de un lado del fardel descosia y tornaba á coser , sangraba el avariento fardel , sacando no por tasa pan , mas buenos pedazos , torreznos y longanizas. Y así buscaba conveniente tiempo para rehacer , no la chaza , sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba. Todo lo que podia sisar y hurtar , traía en medias blancas ; y cuando le mandaban rezar y le daban blancas , como él carecia de vista , no habia el que se la daba amagado con ella , cuando yo la tenia lanzada en la boca y la media aparejada , que por presto que él echaba la mano , ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábáseme el mal ciego , porque al tiento luego conocia y sentia , que no era blanca entera , y decia : ¿ qué diablo es esto , que despues que conmigo estais , no me dan sino medias blancas , y de antes una blanca y un maravedí hartas veces me pagaban ? en ti debe de estar esta desdicha.

Tambien él abreviaba el rezar y la mitad de la oracion no acababa , porque me tenia mandado , que en yéndose el

que le mandaba rezar, le tirase por el cabo del capuz. Yo así lo hacia, y luego él tornaba á dar voces, diciendo: mandan rezar tal y tal oración, como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos; yo muy de presto le asia y daba un par de besos callados, y tornábale á su lugar; mas duróme poco, que en los tragos conocia la falta: y por reservar su vino á salvo, nunca despues desamparaba el jarro; antes le tenia por el asa asido. Mas no habia piedra iman, que así trajese así como yo con una paja de centeno que para aquel menester tenia hecha; la cual metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, le dejaba á buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió; y dende en adelante mudó de propósito, y asentaba su jarro entre las piernas y tapábale con la mano, y así bebia seguro. Yo como estaba hecho al vino, moria por él; y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valia, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparle.

Al tiempo de comer, fingiendo haber frio, entrábame entre las piernas del triste ciego á calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos; y al calor de ella, luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla á destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota que se perdía. Cuando el pobrete iba á beber, no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo que podia ser. No direis tio, que os lo bebo yo, decia, pues no le quitais de la mano. Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que se halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido; y luego otro dia, teniendo yo rezumando mi jarro como solia, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentia, sentéme como solia, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hácia el cielo, un poco cerrados los ojos, por

mejor gustar el sabroso licor. Sintió el desesperado ciego que ahora tenia tiempo de tomar de mi venganza, y con toda su fuerza alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro; le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder; de manera que el pobre Lázaro, que á nada de esto se aguardaba, ántes sí, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente le pareció, que el cielo con todo lo que en él hay, le habia caido encima. Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy dia me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego: y aunque me queria y regalaba y me curaba, bien vi que se habia holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me habia hecho, y sonriéndose decia: que te parece, Lázaro, lo que te enfermó, te sana y da salud, y otros donaires que á mi gusto no lo eran. Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que á pocos golpes tales el cruel ciego ahorraria de mi, quise yo ahorrar de él: mas no lo hice tan presto, por hacerlo mas á mi salvo y provecho.

Aunque yo quisiera asentar mi corazon y perdonarle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacia; que sin causa ni razon me heria, dándome coscorrones y repelándome. Y si alguno le decia, porque me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo: ¿pensais que este mi mozo es algun inocente? pues oid si el demonio ensayara otra tal hazaña. Santiguándose los que le oían, decian: mira, quien pensara de un muchacho tan pequeño tal ruindad, y se reían mucho del artificio, y decíanle: castigadle, castigadle, que de Dios lo habreis. Y él con aquello nunca otra cosa hacia: y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede por hacerle mal y daño. Si habia piedras, por ellas; si lodo, por lo mas alto: que aunque yo no iba por lo mas

enjuto, holgábame de quebrarme un ojo, por quebrar dos al que ninguno tenía. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el cual siempre traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos. Y aunque yo juraba no hacerlo con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba, ni me creía; mas tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea vuestra merced á cuanto se extendia el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dió bien á entender su grande astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fue venir á tierra de Toledo, porque decia ser la gente mas rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase á este refran: *mas da el duro que el desnudo*. Y vinimos á este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteniamonos; donde no, al tercero dia haciamos San Juan. Acaeció que llegando á un lugar que llaman *Almorox*, al tiempo que cogian las uvas, un vendimiador le dió un racimo de ellas en limosna; y como suelen ir los cestos maltratados, y tambien porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano. Al echarle en el fardel, tornábase mosto; y de lo que á él se llegaba, acordó de hacer un banquete, así por no poder llevarlo, como por contentarme; en aquel dia me habia dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar, y dijo: ahora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas de él tanta parte como yo. Partir lo hemos de esta manera: tu picarás una vez, y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez mas que una, y yo haré lo mismo hasta que le acabemos, y de esta suerte no habrá engaño. Hecho así el concierto comenzamos, mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito, y comenzó á tomar de dos en dos, considerando que yo deberia hacer lo mismo. Como vi que él quebraba la postura, no me contenté con ir á la par con él, mas aun pasaba adelante, dos

á dos y tres á tres , y como podia las comia. Acabado el racimo , estuvo un poco con el escobajo en la mano , y meneando la cabeza , dijo : Lázaro , engañado me has : juraré yo á Dios que has tu comido las uvas tres á tres. No comí , dije yo : ¿ mas porqué sospechais eso ? Respondió el sagacísimo ciego , ¿ sabes en qué veo que las comiste tres á tres ? en que comia yo dos á dos , y callabas. Reíme entre mí , y aunque muchacho , noté la discreta consideracion del ciego. Mas por no ser prolijo , dejo de contar muchas cosas así graciosas como de notar , que con este mi primer amo me acaecieron ; y quiero decir el despiciente , y con él acabar. Estábamos en Escalona , villa del duque Delle , y dióme un pedazo de longaniza que le asase. Ya que la longaniza habia pringado , y comidose las pringadas , sacó un maravedi de la bolsa , y mandóme que fuese por vino á la taberna. Púsome el demonio el aparejo delante los ojos , el cual ( como suelen decir ) hace el ladron : y fue que habia cabe el fuego un nabo pequeño larguillo y ruinoso , y tal que por no ser para la olla , debió de ser echado allí. Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos , como me vi con apetito goloso , habiéndome puesto dentro el sabroso olor de la longaniza , del cual solamente sabia que habia de gozar , no mirando que me podria suceder , pospuesto todo el temor por cumplir con el deseo , en tanto que él sacaba de la bolsa el dinero , saqué la longaniza , y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador : el cual mi amo , dándome el dinero para el vino , tomó y comenzó á dar vueltas al fuego , queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos habia escapado. Yo fuí por el vino , con el cual no tardé en despachar la longaniza : y cuando vine , hallé al pecador del ciego que tenia entre dos rebanadas apretado el nabo , el cual aun no habia conocido , por no haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas , pensando tambien llevar parte de la longaniza , hallóse frio con el frio nabo , alteróse y dijo : ¿ qué es esto , Lazarillo ? Lazaredo de mí , dije yo , si quereis á mí echar algo ¿ no vengo

yo de traer el vino? alguno estaba ahí, y por burlarse haría esto. No, no, dijo él, que yo no he dejado el asador de la mano; no es posible. Yo torné á jurar y perjurar que estaba libre de aquel truco y cambio; mas poco me aprovechó, pues á las astucias del maldito ciego nada se le escondia. Levantóse y asíóme por la cabeza y llegóse á olerme, y como debió sentir el huelgo á uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos, abrióme la boca mas de su derecho, y desatentadamente metia la nariz, la cual él tenía luenga y afilada, que en aquella sazón con el enojo se habia aumentado un palmo, con el pico de la cual me llegó á la guilla. Con esto y con el gran miedo que tenía, y con la brevedad del tiempo, la negra longaniza aun no habia hecho asiento en el estómago; y lo mas principal, con el destiendo de la cumplidísima nariz, medio casi ahogado me tuvo: todas estas cosas se juntaron y fueron causa que el hecho golosina se manifestase, y lo suyo fuese vuelto á su dueño: de manera que antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteracion sintió mi estómago, que le dió con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza á un tiempo salieron de mi boca. ¡O gran Dios, quién estuviera á aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba! Fue tal el coraje del perverso ciego, que si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida.

Sacáronme dentre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenía, arañada la cara y rascuñado el pescuezo y la garganta: y esto bien lo merecía, pues por su maldad me venian tantas persecuciones. Contaba el mal ciego á todos cuantos allí se allegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro, como de la del racimo, y ahora de lo presente. Era la risa de todos tan grande, que toda la gente, que por la calle pasaba, entraba á ver la fiesta. Mas con tanta gracia y donaire contaba el ciego mis hazañas, que aunque yo es-

taba tan maltratado y llorando; me parecía que hacia sin-justicia en no se las reír. Y en cuanto esto pasaba, á la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice porque me maldecía, y fue no dejarle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado, que con solo apretar los dientes, se me quedaran en casa, y con ser de aquel malvado por ventura lo retuviera mejor mi estómago, que retuvo la longaniza, y no pareciendo ellas, pudiera negar la demanda. Pluguiera á Dios que lo hubiera hecho, que esto fuera así que así. Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino que para beber le habia traído, laváronme la cara y la garganta, sobre lo cual discantaba el mal ciego donaires, diciendo: por verdad, mas vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año, que yo no bebo en dos. Y luego contaba cuantas veces me habia descalabrado y harpado la cara, y con vino luego sanaba. Yó te digo, dijo, que si hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que serás tu; y reían mucho los que me lavaban con esto, aunque yo renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, y despues acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre que sin duda debia tener espíritu de profecía; y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se lo pagué, considerando, lo que aquel dia me dijo, salirme tan verdadero como adelante vuestra merced oirá.

Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de mi, determiné de todo en todo dejarle, como lo traía pensado y lo tenia en voluntad: con este postrer juego que me hizo afirmélo mas. Y fue así, que luego otro dia salimos por la villa á pedir limosna, y habia llovido mucho la noche antes, y el dia tambien llovia; y andaba rezando debajo de unos portales que en aquel pueblo habia, donde no nos mojábamos. Mas como la noche se venia y el llover no cesaba, díjome el ciego: Lázaro, esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche mas cierra, mas recia: acojámonos á la posada con tiempo. Para ir á allá habíamos de pasar ua

arroyo que con la mucha agua iba grande, yo le dije: tío, el arroyo va muy ancho; mas si quereis, yo veo por donde travesemos mas aina sin mojarnos, porque se estrecha allí mucho, y saltando pasaremos á pie enjuto. Parecióle buen consejo, y dijo: discreto eres; por esto te quiero bien: llévame á ese lugar donde el arroyo se angosta; que ahora es invierno y sabe mal el agua, y mas llevar los pies mojados. Yo que vi el aparejo á mi deseo, saquéle debajo los portales y llevéle derecho de un pilar ó poste de piedra que en la plaza estaba; sobre el cual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y dijele: tío, este es el paso mas angosto que en el arroyo hay. Como llovía recio y el triste se mojaba, y con la priesa que llevábamos de salir del agua que encima nos caía, y lo mas principal porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento, fue por darme de él venganza. Creyóse de mi; y dijo, ponme bien derecho, y salta tu el arroyo. Yo le puse bien derecho en frente del pilar, y doy un salto y póngome detrás del poste, como quien espera tope de toro, y dijele: sus, saltad todo lo que podais, porque deis de este cabo del agua. Aun apenas lo habia acabado de decir, cuando se abalanza el pobre ciego como cabron, de toda su fuerza arremete, tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto; y da con la cabeza en el poste que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atrás medio muerto y hendida la cabeza. ¿Cómo oliste la longaniza, y no el poste? pues oledle, dije yo. Y dejéle en poder de mucha gente que le habia ido á socorrer, y tomé la puerta de la villa en los pies de un trote; y antes que la noche viniese, di conmigo en Torrijo. No supe mas lo que Dios de él hizo, ni curé de saberlo.

Como Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó.

Otro dia no pareciéndome estar allí seguro; fuíme á un

lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo, que llegando á pedir limosna, me preguntó si sabia ayudar á misa. Yo dije que si, como era verdad; que aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una de ellas fue esta. Finalmente, el clérigo me recibió por suyo.

Escapé del trueno y di en el relámpago, porque era el ciego para con este un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado. No digo mas, sino que toda la laceria del mundo estada encerrada en este. No sé si de su cosecha era, ó lo habia añejado con el hábito de clerecia. Él tenia una arca vieja cerrada con su llave, la cual traía atada con una agujeta del palétoque: y en viniendo el bodigo de la iglesia, por su mano era luego allí lanzado, y tornaba á cerrar el arca. En toda la casa no habia ninguna cosa de comer, como suele estar en otras algun tocino colgado al humero, algun queso puesto en alguna tabla ó en el armario, algun canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran, que me parece á mi, que aunque de ello no me aprovechara, con la vista de ello me consolara. Solamente habia una horca de cebollas y debajo llave en una cámara en lo alto de la casa. De estas tenia yo de racion una para cada quatro dias; y cuando le pedia la llave para ir por ella, si alguno estaba presente, echaba mano al falso-péto, y con gran continencia la desataba y me la daba, diciendo: toma, y vuélvela luego, noagas sino golosinar, como si debajo de ella estuvieran todas las conservas de Valencia, con no haber en la dicha cámara, como dije, maldita la otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo, las cuales él tenia tan bien por cuenta, que si por mal de mis pecados me desmandara á mas de mi tasa, me costara caro. Finalmente yo me finaba de hambre, pues ya que conmigo tenia poca caridad, consigo usaba mas. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar; verdad es que partia conmigo del caldo: que de la carne, como la hay en el ojo, sino un poco de pan: y pluguiera

á Dios que me demediara. Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una que costaba tres maravedís. Aquella la cocía, y comía los ojos y la lengua, y el corazón y sesos, y la carne que en las quijadas tenía: dábame todos los huesos roídos, y dábamelos en el plato, diciendo: toma, come, triunfa, que para tí es el mundo: mejor vida tienes que el papa. Tal te la dé Dios, decía yo paso entre mi.

Al cabo de tres semanas que estuve con él, vine á tanta flaqueza que no me podía tener en las piernas de pura hambre. Vime claramente ya en la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaran. Para usar de mis mañas no tenía aparejo, por no tener en que darle asalto: y aunque algo hubiera, no pudiera cegarle, como hacia al que Dios perdona, si de aquella calabazada feneció: que todavía aunque astuto, con faltarle aquelpreciado sentido, no me sentía. Mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese, como él tenía. Cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caía, que no era de él registrada. El un ojo tenía en la gente, y el otro en mis manos. Bailábanme los ojos en el cajo, como si fueran de azogue. Cuantas blancas ofrecían, tenía por cuenta. Acabado el ofrecer, luego me quitaba la concheta, y la ponía sobre el altar. No fui yo señor de asirle una blanca, todo el tiempo que con él viví, ó por mejor decir, morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino, mas aquel poco que de la ofrenda había metido en su arca, compasaba de tal forma que le duraba toda la semana. Y por ocultar su gran mezquindad, decíame: mira mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber; por esto yo no me desmando como otros. Mas el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezábamos á costa ajena, comía como lobo, y bebía mas que un saludador. Y porque dije mortuorios, Dios me perdona, que jamás fui enemigo de la naturaleza humana sino entonces: y esto era, porque comíamos bien y me hartaba. Deseaba y aun rogaba á Dios que cada día matase el

suyo. Cuando dábamos sacramento á los enfermos, especialmente la extremauncion, como manda el clérigo rezar á los que están allí, yo cierto no era el postrero de la oracion; y con todo mi corazón y buena voluntad rogaba al Señor, no que le echase á la parte que mas servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase de este mundo. Y cuando alguno de estos escapaba, (Dios me lo perdone), mil veces le daba al diablo, y el que se moria, otras tantas bendiciones llevaba de mi dichas.

En todo el tiempo que allí estuve, que serian cuasi seis meses, solas veinte personas fallecieron, y estas bien creo que las maté yo, ó por mejor decir, murieron á mi recuesta: porque viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que se holgaba de matarlos por darme á mi vida. Mas de lo que al presente padecía, remedio no hallaba, que si el dia que enterrábamos, yo vivia; los dias que no habia muerto, por quedar bien vezado de la hartura; tornando á mi cotidiana hambre, mas lo sentia; de manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo tambien para mi como para ellos otros deseaba algunas veces. Mas no la veía, aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo, mas por dos cosas lo dejaba. La primera por no atraverme á mis piernas, por temor de la flaqueza que de pura hambre me tenia; y la otra, consideraba y decia: yo he tenido dos amos; el primero traíame muerto de hambre, y dejándole topé con estotro que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si de este desisto y doy en otro mas bajo, ¿qué será sino fenecer! Con esto no me osaba menear, porque tenia por fe que todos los grados habia de hallar mas ruines, y á bajar otro punto, no soñara Lázaro ni se oyera en el mundo.

Pues estando en tal afliccion, que le plegue al Señor librar de ella á todo fiel cristiano; y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor; un dia que el cuitado, ruin y lacerado de mi amo habia ido fuera del lugar, llegó acaso

á mi puerta un calderero, el cual yo creo que fue ángeles enviado á mí por la mano de Dios en aquel hábito, y preguntóme si tenia algo que adobar.

En mi tenias bien que hacer; y no hariais poco, si me remediáseis, dije paso que no me oyó. Mas como no era tiempo de gastarlo en decir gracias, alumbrado por el Espíritu santo, le dije; tío una llave de esta arca he perdido, y temo mi señor me azote: por vuestra vida veais, si en estas que traeis, alguna hay que le haga, que yo os lo pagaré. Comenzó á probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que de ellas traia, y yo á ayudarle con mis flacas oraciones: cuando no me cató, veo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios dentro del arca: y abierta, dijele: yo no tengo dinero que daros por la llave, mas tomad de ahí el pago. El tomó un bodigo de aquellos, el que mejor le pareció; y dejándome mi llave, se fue muy contento, dejándome mas á mí. Mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida; y aun porque me vi de tanto bien señor, parecióme que la hambre no se me osaba llegar.

Vino el misero de mi amo, y quiso Dios no miró en la oblada que el ángel habia llevado; y otro día saliendo de casa, abrió mi paraíso panal y tomó entre las manos y dientes un bodigo, y en dos credos le hice invisible, no olvidándoseme el arca abierta: y comienzo á barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar de allí en adelante la triste vida, y así estuve con ello aquel día y otro gozoso. Mas no estaba en mi dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego al tercero día me vino la terciaria derecha, y fue que veo á deshora al que mataba de hambre sobre nuestra arca, volviendo y revolviendo y tornando contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oracion, devociones y plegarias decia san Juan y ciégale.

Después que estuvo un gran rato echando la cuenta, por días y dedos contando, dijo: si no tuviera á tan buen recau-

do esta arca, yo dijera que me habian tomado de ella panes; pero de hoy mas, solo por cerrar puerta á la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos, nueve quedan y un pedazo. Nuevas malas te dé Dios, dije entre mi; parecióme con lo que dijo, pasarme el corazon con saeta de montero, y comenzóme el estómago á escarbar de hambre, viéndose puesto en la dieta pasada. Fue fuera de casa, y yo por consolarme abro el arca, y como vi el pan, comencéle á adorar (no ósando recibirle), contélos; si á dicha el lacerado se errara; y hallé su cuenta mas verdadera que yo quisiera. Lo mas que yo pude hacer, fue dar en ellos mil besos: y lo mas delicado que yo pude, del partido partí un poco al pelo que él estaba, y con aquel pasé aquel dia, no tan alegre como el pasado.

Mas como la hambre creciese, mayormente que tenia el estómago hecho á mas pan aquellos dos ó tres dias ya dichos, moría de mala muerte; tanto que otra cosa no hacia en viéndome solo, sino abrir y cerrar el arca y contemplar en aquella cara de Dios, que así dicen los niños. Mas el mismo Dios que socorre á los afligidos, viéndome en tal estrecho, trajo á mi memoria un pequeño remedio, que considerando entre mi, dije: este arcon es viejo, grande y roto por algunas partes; aunque con pequeños agujeros, puédese pensar que ratones entrado en él hacen daño á este pan. Sacarlo enteramente, no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir. Esto bien se sufre. Y comienzo á desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, tomo uno y dejo otro: de manera que en cada cual de tres ó cuatro desmigajo su poco, y despues como quien toma grajea, lo comí y algo me consolé. Mas él como viniese á comer y abriese el arca, vió el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habian hecho, porque estaba muy al propio contrahecho de como ellos le suelen hacer. Miró toda el arca de un cabo á otro, y vióla ciertos agujeros por do sospechaba habian entrado, llamómé diciendo: Lázaro, mira que

persecucion ha venido a questa noche por nuestro pan. Yo híceme muy maravillado, preguntándole que sería. ¿Qué ha de ser? dijo él; ratones que no dejan cosa á vida. Pusímonos á comer, y quiso Dios que aun en esto me fue bien; que me cupo mas pan que la laceria que me solia dar, porque rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo: cómete eso, que el raton cosa limpia es. Y así aquel dia añadiendo la racion del trabajo de mis manos ó de mis uñas, por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba. Y luego me vino otro sobresalto, que fue verle andar solícito, quitando clavos de paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca. ¿O señor mio? dije yo entonces; ¡á cuánta miseria, fortuna y desastres estamos expuestos los nacidos! ¡y cuán poco duran los placeres de esta nuestra trabajosa vida! Heme aquí, que pensaba, con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi laceria, y estaba ya cuanto que alegre y de buena aventura. Mas no quiso mi desdicha, despertando á este lazaredo de mi amo, y poniéndole mas diligencia de la que él de suyo se tenia (pues los míseros por la mayor parte nunca de aquella carecen), ahora cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta á mi consuelo y la abriese á mis trabajos.

Así lamentaba yo en tanto que mi solícito carpintero con muchos clavos y tablillas dió fin á sus obras, diciendo: ahora, dueños traidores ratones, os conviene mudar propósito que en esta casa mala medra teneis.

De que salió de su casa, voy á ver la obra, y hallé que no dejó en la triste y vieja arca agujero ni aun por donde pudiese entrar un mosquito. Abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho; y vi los dos ó tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados; y de ellos todavía saqué alguna laceria, tocándolos muy ligeramente á uso de esgrimidor diestro.

Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta hambre, noche y dia estaba pensando la manera que

tenia para sustentar el vivir : y pienso para hallar estos negros remedios que me era luz la hambre , pues dicen que el ingenio con ella se avisa , y al contrario con la hartura ; y así era por cierto en mi . Pues estando una noche desvelado en este pensamiento , pensando como me podria valer y aprovechar del arca , sentí que mi amo dormia , porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes que daba cuando estaba durmiendo . Levantéme muy quedito , y habiendo en el dia pensado lo que habia de hacer , y dejado un cuchillo viejo que por allí andaba en parte do le hallase , voyme á la triste arca , y por do habia mirado tener menos defensa , la acometí con el cuchillo , que á manera de barrenado de él usé : y como la antiquísima arca , por ser de tantos años , la hallase sin fuerza y corazon , antes muy blanda y carcomida , luego se me rindió , y consintió en su costado por mi remedio un buen agujero . Esto hecho , abro muy paso la llagada arca , y al tiento de pan que hallé partido , hice segun de suso está escrito . Y con aquello algun tanto consolado , tornando á cerrar me volví á mis pajas , en las cuales reposeé y dormi un poco , lo cual yo hacia mal , y echábalo al no comer : y así seria ; porque cierto en aquel tiempo no me debian de quitar el sueño los cuidados del rey de Francia .

Otro dia fue por el señor mi amo visto el daño , así del pan como del agujero que yo habia hecho , y comenzó á dar al diablo los ratones y decir : ¿ qué diremos á esto ? nunca haber sentido ratones en esta casa sino ahora . Y sin duda debia de decir verdad , porque si casa habia de haber en el reino justamente de ellos privilegiada , aquella de razon habia de ser , porque no suelen morar donde no hay que comer . Torna á buscar clavos por la casa y por las paredes , y tablillas para taparlos . Venida la noche y su reposo , luego era puesto en pie con mi aparejo , y cuantos él tapaba de dia , destapaba yo de noche .

En tal manera fue , y tal priesa nos dimos , que sin duda por esto se debió de decir : donde una puerta se cierra , otra

se abre. Finalmente parecíamos tener á destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejía de día, rompía yo la noche. Y en pocos días y noches pusimos la pobre dispensa de tal forma, que quien quisiera propiamente de ella hablar, mas coraza vieja de otro tiempo que no arca la llamara, según la clavazon y tachuelas que sobre sí tenía. De que vio no aprovecharle nada su remedio, dijo: esta arca está tan maltratada, y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá ratón de quien se defienda, y va ya tal que si andamos mas con ella, nos dejará sin guarda; y aun lo peor es, que aunque hace poca, todavía hará falta faltando, y me pondrá en costa de otros tres ó cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha, es armar por dentro á estos ratones malditos. Luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso que á los vecinos pedía, continuó el gato estaba armado dentro del arca: lo cual era para mi singular auxilio, porque puesto el caso que yo no habia menester muchas salsas para comer, todavía me holgaba con las cortezas de queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del bodigo. Como hallase el pan ratonado y el queso comido, y no cayese el raton que lo comía, dábase al diablo y preguntaba á los vecinos que podria ser, comer el queso y sacarlo de la ratonera, y no caer ni quedar dentro el raton; y hallar caída la trampilla del gato. Acordaron los vecinos no ser el raton el que este daño hacia, porque no podria menos de haber caido alguna vez. Dijole un vecino: en nuestra casa yo me acuerdo que solia andar una culebra, y esta debe de ser sin duda; y lleva razon, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo; y aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórnase á salir. Cuadró á todos lo que aquel dijo, y alteró mucho á mi amo; y de allí en adelante no dormia tan á sueño suelto; que cualquier gusano de la madera que de noche sonase, pensaba ser la culebra que le roía el arca. Luego era puesto en pie, y con un garrote que á la cabecera (desde que aquello le dijeron) ponía, daba en